

Magnífica humanidad



Versión de uso comunitario
de la carta encíclica *Magnifica humanitas*
del papa León XIV, sobre la custodia
de la persona humana en el tiempo
de la inteligencia artificial



Magnífica humanidad

Versión de uso comunitario
de la carta encíclica *Magnifica humanitas*
del papa León XIV, sobre la custodia
de la persona humana en el tiempo
de la inteligencia artificial

Título: Magnífica humanidad. Versión de uso comunitario de la carta encíclica Magnífica humanitas del papa León XIV, sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial.
Primera edición: Bogotá DC, mayo de 2026.

Directivos del Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño – CELAM

Mons. Jaime Spengler
Presidente

Mons. José Luis Azuaje
Primer Vicepresidente

Mons. José Domingo Ulloa Segundo
Segundo Vicepresidente

Mons. Santiago Rodríguez
Presidente del Consejo de Asuntos Económicos

Mons. Lizardo Estrada
Secretario General

Pbro. Eric García Concepción
Secretario General Adjunto

Mons. Ricardo Morales
Coord. Consejo Centro
de Gestión del Conocimiento

Mg. Guillermo Sandoval
Director del Centro
de Gestión del Conocimiento

Mons. Daniel Francisco Blanco
Coord. Consejo del Centro
para la Comunicación

Dr. Óscar Elizalde Prada
Director del Centro para la Comunicación

Autor
Aníbal Pastor N.

Revisión de estilo
Mg. Adriana Moreno García

Dirección general
Mg. Guillermo Sandoval

Diagramación y portada
Dora Milena Moreno Gamba

Dirección editorial
Dr. Óscar Elizalde Prada

Ilustraciones
Generadas con IA mediante
instrucciones del autor

Revisión teológica
Dr. Rafael Luciani

Realización
Centro de Gestión del Conocimiento del Celam
Centro para la Comunicación del Celam

© Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño CELAM
Avenida Boyacá N° 169D-75. Bogotá DC. Colombia
Código postal 111166, PBX: 601 484 5804
celam@celam.org
www.celam.org

Esta publicación cuenta con las debidas licencias eclesíásticas.

Los textos magisteriales citados pertenecen al patrimonio de la Iglesia y se reproducen de manera textual y fiel a sus fuentes oficiales. Las adaptaciones, comentarios pastorales y recursos gráficos han sido elaborados para facilitar la comprensión comunitaria del mensaje social de la Iglesia.

Bajo licencia *Creative Commons*



IMPORTANTE: Este material es un subsidio de uso comunitario y no reemplaza la lectura o el estudio directo de la encíclica *Magnifica humanitas* del papa León XIV. Para facilitar su consulta, los números entre corchetes en azul [] al final de los párrafos indican el número de la encíclica original al que hace referencia el texto.



Encuentre aquí el texto completo de la Carta encíclica *Magnifica humanitas* del papa León XIV.

<https://www.vatican.va/content/leo-xiv/es/encyclicals/documents/20260515-magnifica-humanitas.html>



Acceda aquí a los recursos que ofrece el Dicasterio para el Servicio del Desarrollo Humano Integral sobre la encíclica *Magnifica humanitas*.

<https://www.humandevlopment.va/es/magnifica-humanitas/risorse.html>

Sumario

Presentación	8
¿De qué nos habla el papa León XIV en esta encíclica?	11
Introducción	
En tiempos de inteligencia artificial	13
Capítulo primero	
Un pensamiento dinámico fiel al Evangelio	19
Capítulo segundo	
Fundamentos y principios de la Doctrina social de la Iglesia.....	27
Capítulo tercero	
Técnica y dominio. La grandeza de la persona humana ante las promesas de la inteligencia artificial	38
Capítulo cuarto	
Custodiar lo humano en la transformación. Verdad, trabajo, libertad.....	52
Capítulo quinto	
La cultura del poder y la civilización del amor	72
Conclusión	
Tejer esperanza con María en la era digital.....	87
Anexo 1	
Índice oficial de la encíclica <i>Magnifica humanitas</i>	95
Anexo 2	
Índice de temas específicos.....	98
Anexo 3	
Referencias bíblicas.....	100
Anexo 4	
Principales documentos de la Doctrina social de la Iglesia.....	101

Presentación

Con alegría y esperanza presentamos esta versión de uso comunitario de la carta encíclica *Magnífica humanitas*, del papa León XIV, sobre la custodia de la persona humana en el tiempo de la inteligencia artificial.

Agradecemos al Santo Padre este valioso documento, ofrecido a la Iglesia y al mundo en un momento decisivo de la historia. Su palabra nos ayuda a mirar con lucidez, fe y responsabilidad los grandes cambios que la inteligencia artificial, la digitalización y las nuevas tecnologías están provocando en la vida personal, social, económica, cultural y política de nuestros pueblos.

No se trata sólo de nuevas herramientas. Estamos ante una transformación profunda que toca nuestra manera de trabajar, aprender, comunicar, decidir, participar y construir sociedad. La tecnología puede abrir caminos de bien: puede ayudar a educar, sanar, conectar, cuidar la ‘casa común’ y mejorar muchas condiciones de vida. Pero también puede aumentar desigualdades, concentrar poder, debilitar vínculos, manipular conciencias o reducir a las personas a datos, rendimiento y utilidad.

Por eso, el papa León XIV nos invita a discernir. La pregunta de fondo no es únicamente qué puede hacer la inteligencia artificial, sino qué humanidad estamos construyendo con ella. En este sentido, *Magnífica humanitas* nos recuerda que ningún progreso es verdaderamente humano si no custodia la dignidad de cada persona, especialmente de los pobres, los frágiles, los descartados y quienes quedan fuera de los beneficios del desarrollo.

Esta versión de uso comunitario ha sido preparada para ayudar a que el mensaje de la encíclica llegue a comunidades cristianas, agentes pastorales, movimientos, parroquias, centros educativos, universidades, organizaciones sociales y espacios de formación. Busca ofrecer una lectura clara, cercana y fiel al espíritu del texto, para favorecer el diálogo, la reflexión compartida y el compromiso concreto.

Agradecemos también a los profesionales del Centro de Gestión del Conocimiento del Consejo Episcopal Latinoamericano (Celam) que han trabajado en la elaboración de esta publicación. Su servicio permite acercar un documento de gran densidad teológica, ética y social a las comunidades de América Latina y el Caribe, con un lenguaje accesible y pastoral, sin perder la profundidad de su mensaje.

La encíclica nos propone una imagen muy elocuente: la humanidad puede levantar una nueva Babel, hecha de orgullo, poder y dominio, o puede reconstruir Jerusalén, como en el tiempo de Nehemías, mediante la oración, la escucha, la responsabilidad compartida y el trabajo común. Esa elección atraviesa también el tiempo de la inteligencia artificial. La tecnología puede servir a la vida, la justicia y la fraternidad, o puede convertirse en instrumento de exclusión, control y nuevas formas de esclavitud.

Desde América Latina y el Caribe, esta reflexión adquiere una fuerza particular. Nuestros pueblos conocen la creatividad de los pobres, la sabiduría de las comunidades, la fe sencilla, la búsqueda de justicia y la capacidad de levantarse una y otra vez. También conocen las heridas de la desigualdad, la violencia, la precariedad laboral, las migraciones forzadas, las brechas educativas y los modelos de desarrollo que muchas veces dejan a demasiadas personas al margen.

Por eso, hablar de inteligencia artificial no puede ser una conversación reservada a especialistas. Es una tarea de todos. Está en juego la dignidad humana, el bien común, el trabajo, la verdad, la libertad, la paz y el futuro de la 'casa común'.

Esta publicación invita a conversar en comunidad, a discernir en el Espíritu y a preguntarnos qué decisiones debemos tomar para que la inteligencia artificial esté al servicio de una humanidad más justa, fraterna y abierta a Dios. No quiere alimentar miedos estériles ni entusiasmos ingenuos. Quiere ayudarnos a pensar, dialogar y actuar con responsabilidad.

En el centro de nuestra fe está Jesucristo, el Verbo hecho carne. En Él contemplamos la belleza de una humanidad plena, frágil y magnífica, llamada a la comunión con Dios y con los demás. Ninguna máquina puede sustituir el corazón humano capaz de amar, perdonar, cuidar, sufrir con otros, buscar la verdad y abrirse a la gracia.

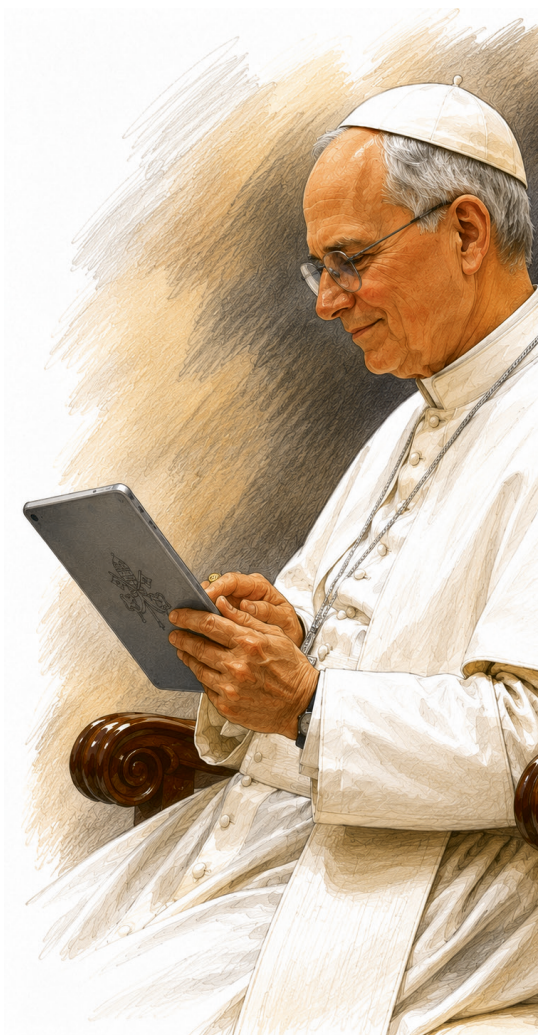
Que esta versión comunitaria de *Magnífica humanitas* ayude a nuestras Iglesias particulares, comunidades y organizaciones a leer este cambio de época desde el Evangelio y la Doctrina social de la Iglesia. Que nos anime a formar conciencias, cuidar la verdad, defender el trabajo digno, proteger la libertad, desarmar las palabras y construir la paz.

Y que María, la mujer del Magnificat, nos enseñe a mirar la historia desde los pequeños, para tejer esperanza allí donde el Espíritu sigue haciendo nuevas todas las cosas.

Mons. Lizardo Estrada Herrera

Obispo Auxiliar de Cusco, Perú
Secretario General del Celam

¿De qué nos habla el papa León XIV en esta encíclica?



La encíclica *Magnifica humanitas* sitúa a la humanidad ante una encrucijada histórica provocada por la acelerada expansión de la inteligencia artificial, la robótica y la digitalización, planteando la disyuntiva entre edificar una nueva torre de Babel basada en el poder o construir una ciudad de comunión.

Para interpretar este profundo cambio de época, **el documento acude a la Doctrina social de la Iglesia como un discernimiento vivo y dinámico arraigado en el Evangelio.** Como criterio fundamental frente al progreso técnico, coloca la inalienable dignidad ontológica de la persona humana, la cual precede cualquier valoración productiva o funcional, y que sirve como base para sostener los derechos humanos, el bien común, la solidaridad y la subsidiariedad.

Frente al riesgo de un paradigma tecnocrático que reduce la realidad

a lo calculable y medible, el texto advierte que las inteligencias artificiales, al carecer de cuerpo, dolor o experiencia vital, no pueden asumir el peso moral de decisiones algorítmicas que excluyen o clasifican a las personas.

Por ello, rechaza las promesas poshumanistas que ven el límite humano como un defecto a eliminar, y **llama urgentemente a custodiar lo humano en tres frentes críticos: la verdad**, asediada por la desinformación en el ecosistema digital; **el trabajo**, que peligra al subordinarse a la eficiencia y velocidad de las máquinas; **y la libertad**, amenazada por la adicción y el control social derivado de la recolección masiva de datos.

Finalmente, el documento denuncia cómo la tecnología exacerba una “cultura del poder” al delegar en sistemas automatizados la violencia bélica, lo que reduce el umbral ético de la guerra y diluye la responsabilidad moral frente a las víctimas.

Como antídoto, **el papa propone edificar una “civilización del amor” fundamentada en la justicia, la diplomacia y la paz.** Apoyada en la espiritualidad de la Encarnación y en la lógica humilde del Magnificat, la encíclica concluye que ninguna transformación tecnológica será positiva sin una conversión del corazón que nos impulse a ser constructores de comunión y custodios de los más frágiles.

Introducción

En tiempos de inteligencia artificial



La humanidad creada por Dios vive hoy una decisión grande.

Puede levantar una nueva Babel,
hecha de orgullo y poder.
O puede construir una ciudad
donde Dios y la humanidad habiten juntos.

Cada generación recibe una tarea:

cuidar la dignidad, promover la justicia y hacer posible la fraternidad.
Pero siempre existe el riesgo
de construir un mundo más injusto e inhumano.
Por eso, los cristianos miramos a Cristo.
En Él descubrimos que “el misterio del hombre”
se comprende desde el Verbo encarnado.
En Jesucristo, la humanidad encuentra “el camino, la verdad y la vida” [1].

Unidos a Cristo, confiamos en la acción del Espíritu Santo.
Creemos que todo esfuerzo sincero por el bien
puede ser bendecido por Dios.

Por eso, **la Iglesia quiere colaborar**
con quienes buscan un mundo más justo.
También quiere dialogar
con todas las personas de nuestro tiempo [2].

En 1891, León XIII publicó *Rerum novarum*.

Con ella impulsó la **Doctrina social de la Iglesia**,
es decir, la enseñanza cristiana
sobre la vida social, económica y política.
Esta doctrina no es una lista cerrada.
Es una tradición viva que ofrece principios,
criterios y orientaciones para actuar [3].

Hoy también enfrentamos “cosas nuevas”:

la digitalización, la inteligencia artificial y la robótica.

La técnica no es enemiga de la persona.

Es una realidad profundamente humana.

Ha mejorado muchas condiciones de vida.

Pero también puede causar daño si no se orienta al bien.

Hoy la tecnología influye en decisiones, costumbres e imaginación.

Por eso vale recordar: “nunca la humanidad tuvo tanto poder sobre sí misma” [4].

Este poder exige responsabilidad.

No basta con crear normas.

También debemos preguntar

quién controla la tecnología y para qué la usa.

Muchas veces, grandes actores privados

tienen más fuerza que muchos gobiernos.

Por eso, el poder tecnológico debe ser discernido
y orientado al bien común [5].

Estamos ante un “cambio de época”.

No podemos dejar que las urgencias decidan por nosotros.

Como humanidad, debemos preguntarnos:

¿hacia dónde vamos?,

¿qué futuro queremos?,

¿qué camino elegiremos juntos? [6].

La Biblia nos ofrece dos imágenes:

La primera es **Babel**.

Allí se construye una ciudad sin Dios,

basada en la autosuficiencia.

Parece una obra fuerte,

con una sola lengua y una sola dirección.
Pero termina en confusión y dispersión.
Babel muestra el fracaso de todo proyecto
que sacrifica la dignidad humana
por el poder, la eficiencia o la fama [7].

La segunda imagen es **Nehemías**.
Jerusalén está destruida.
Antes de actuar, Nehemías reza,
observa y convoca al pueblo.
No impone desde arriba.
Cada familia recibe una parte de la muralla.
Así la ciudad renace por la responsabilidad compartida.
Se reconstruyen las piedras, pero también los vínculos [8].

Estas imágenes nos ayudan a mirar la inteligencia artificial.

La tecnología puede curar, conectar, educar y cuidar la ‘casa común’.
Pero también puede dividir, descartar y crear nuevas injusticias.
No es neutral: toma el rostro de quien la crea, la financia, la regula y la usa.
La elección no es sólo decir “sí” o “no” a la tecnología.
La elección es construir Babel o reconstruir Jerusalén [9].

Debemos evitar el “síndrome de Babel”:

poner el lucro como ídolo,
sacrificar a los débiles y reducir a las personas
a datos y rendimiento.

En cambio, **el camino de Nehemías**

invita a escuchar, dialogar y trabajar juntos.

La sinodalidad, caminar y decidir juntos como Pueblo de Dios,
ayuda a convertir la diversidad en comunión [10].

Construir en el bien exige poner a Dios como roca.

Él nos llama a una vida “en abundancia” y a la comunión con Él.

San Agustín lo expresó así:

“nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti” [11].

Construir en el bien también pide

aceptar nuestros límites y fragilidades.

No son un error que haya que eliminar.

La plenitud humana no nace de borrar la fragilidad.

Nace de crecer con libertad, responsabilidad, cuidado mutuo y solidaridad verdadera.

El progreso debe medirse

por la dignidad de cada persona

y por el bien de los pueblos [12].

Construir un mundo donde todos puedan florecer

exige corresponsabilidad.

Nadie puede cargar solo los desafíos del mundo.

Pero nadie es tan débil que no pueda aportar algo.

Cada persona tiene su tramo de muralla:

científicos, trabajadores, educadores, gobernantes, comunidades de fe y sociedad civil [13].

Construir en el bien requiere un lenguaje evangélico.

Evitemos palabras que humillan o enfrentan.

Elijamos una palabra clara, honesta y capaz de abrir caminos.

No se trata de alimentar entusiasmos ingenuos

ni miedos estériles.

Se trata de discernir desde la dignidad humana,
la opción por los pobres, el cuidado de la ‘casa común’ y la paz [14].

En la era de la inteligencia artificial,
debemos permanecer profundamente humanos.

Ninguna máquina podrá sustituir la belleza de la humanidad
revelada en Cristo.

El verdadero progreso nace de un corazón abierto al otro,
de una inteligencia que escucha y de una voluntad
que busca unir más que separar [15].

Por eso, **no tengamos miedo de comprometernos**
con la obra de nuestro tiempo.

Como Nehemías, oremos, pensemos con sabiduría y trabajemos con perseverancia.

Pongamos a Dios en el horizonte y al ser humano en el centro.

Seamos constructores de comunión,
no arquitectos de Babel.

Unamos fuerzas para edificar en el bien,
para que la humanidad no pierda su belleza
y el mundo reconozca que Dios quiere habitar en el corazón humano [16].

Conversación en el Espíritu

Pregunta personal

Ante los cambios que trae la inteligencia artificial, ¿qué camino siento que estoy eligiendo en mi vida cotidiana?, ¿construir desde el orgullo y el control, o colaborar con una humanidad más fraterna, justa y abierta a Dios?

Pregunta grupal

Como comunidad, ¿qué necesitamos discernir juntos para no levantar una nueva Babel, sino reconstruir una Jerusalén donde la tecnología esté al servicio de la dignidad humana, la justicia y el bien común?

Capítulo primero

Un pensamiento dinámico fiel al Evangelio



La Doctrina social de la Iglesia

no es una enseñanza quieta ni cerrada.

Es un pensamiento vivo, fiel al Evangelio,
que responde a las preguntas de cada época.

Por eso, la inteligencia artificial
no debe verse sólo como un tema técnico.

Tampoco como una emergencia pasajera.

Es una transformación profunda que toca la vida humana,
la justicia, el trabajo, la cultura y el bien común.

La Iglesia habla de estos temas
porque camina con la humanidad.

No busca imponerse sobre la sociedad.

Quiere servirla desde el Evangelio,
respetando la autonomía de la ciencia, la política y la economía **[17-18]**.

La Iglesia está en la historia.

Escucha las preguntas de cada tiempo y se acerca
a las heridas de los pueblos.

Por eso no puede encerrar la fe en la vida privada.

Como recordó el papa Francisco,
nadie puede exigir que la religión no influya en la vida social.

Pero esta presencia no significa invadir funciones ajenas.

El Concilio Vaticano II enseñó que las realidades terrenas
tienen sus propias leyes y valores.

Esto quiere decir que la sociedad, la política, la economía y la ciencia
tienen responsabilidades propias.

La Iglesia respeta esta autonomía.

No reemplaza al Estado ni a las instituciones.

Más bien, dialoga con ellas y apoya todo lo que protege
la vida, la dignidad y la paz.

Cuando la Iglesia interviene,

lo hace como el buen samaritano.

Se acerca con discreción, cercanía y caridad evangélica.

No pretende sustituir las responsabilidades civiles.

Busca acompañar donde el sufrimiento humano reclama presencia y cuidado.

Por eso, el Pueblo de Dios debe

“auscultar, discernir e interpretar”

las voces del tiempo presente.

Discernir significa escuchar, orar, pensar y decidir a la luz del Evangelio.

Así, la Iglesia reconoce los signos de Cristo en la historia.

También advierte aquello que oscurece su rostro **[19-22]**.

La Iglesia considera compañeros de camino

a quienes buscan “la verdad, la bondad y la belleza”.

Por eso dialoga con la filosofía,

las ciencias humanas y las ciencias sociales.

Estos saberes ayudan a comprender mejor las dinámicas culturales, económicas y políticas.

El Evangelio ofrece criterios de fondo.

Las ciencias ayudan a leer situaciones concretas.

Este diálogo no debilita la fe.

Al contrario, permite reconocer con más claridad qué promueve la vida y qué la daña.

Por eso, la Doctrina social

no es un programa técnico.

Tampoco es un modelo político o económico cerrado.

Es un conjunto vivo de principios

para iluminar decisiones concretas **[23-24]**.

La verdad no es una posesión que se impone.

Es un don que se comparte.

Por eso, la Iglesia no debe añorar formas de presencia basadas en el poder.

San Juan Pablo II pidió mirar con sinceridad los momentos en que se usaron métodos de intolerancia.

El Evangelio invita a anunciar la verdad con paz, no con imposición.

También se recuerda una expresión del papa Francisco: “el tiempo es superior al espacio”.

Lo importante no es ocupar lugares de poder.

Lo importante es iniciar procesos de bien y dejar que maduren.

Así se entiende mejor la Doctrina social.

No es un manual para aplicar mecánicamente.

Es un camino de discernimiento comunitario.

Nace del encuentro entre el Evangelio y las preguntas de la historia.

Cuando la dignidad humana se desfigura, la Iglesia debe hablar.

Cuando la economía se vuelve contra la persona, debe hablar.

Cuando la política no responde al sufrimiento, debe hablar.

Pero debe hacerlo no para dominar, sino para servir a la comunión **[25-27]**.

Esta enseñanza social ha crecido poco a poco.

Tiene raíces en la Sagrada Escritura,

en los Padres de la Iglesia y en la tradición cristiana.

Con ***Rerum novarum***, León XIII dio un paso decisivo.

Miró los problemas de su tiempo:

el conflicto entre capital y trabajo,

la cuestión obrera y las nuevas formas de pobreza.

No se quedó en la queja.

Iluminó esas realidades desde el Evangelio.

Esa encíclica puso en el centro
la dignidad de la persona en relación a su trabajo.
Defendió el salario justo,
el valor de la persona sobre el capital
y la función social de la propiedad.
También valoró las asociaciones de trabajadores.
Después, **Pío XI** profundizó esta enseñanza
en *Quadragesimo anno*.
Denunció la concentración del poder económico en pocas manos.
También formuló el principio de subsidiariedad.
Este principio enseña que lo que pueden hacer personas,
familias o comunidades cercanas
no debe ser absorbido por instancias superiores.
Pío XII, en tiempos de guerra,
recordó la necesidad de un orden internacional justo.
Defendió que el derecho debe estar por encima
del interés y de la fuerza.
También valoró la democracia, el Estado de derecho
y las asociaciones sociales [28-32].

San Juan XXIII abrió una etapa marcada
por los derechos humanos y la paz.
En *Mater et magistra* recordó que la Iglesia
no descuida las necesidades concretas de la vida diaria.
En **Pacem in terris**, dirigida a todos
los hombres de buena voluntad,
unió la dignidad humana con los derechos y los deberes.
Propuso una convivencia fundada en verdad, justicia, amor y libertad.
El Concilio Vaticano II marcó un cambio importante.
En *Gaudium et spes*,

la Iglesia se mostró cercana a la humanidad.

No reflexiona desde ideas abstractas,

sino desde situaciones reales.

Enseñó que las estructuras sociales

son justas cuando sirven al desarrollo integral de la persona.

También *Dignitatis humanae*

afirmó la libertad religiosa como derecho fundamental.

Nadie debe ser obligado a actuar contra su conciencia.

Nadie debe ser impedido de buscar y profesar la verdad.

San Pablo VI presentó la paz

como fruto del desarrollo integral.

En *Populorum progressio*

enseñó que el desarrollo debe ser de “todos los hombres y de todo el hombre”.

Por eso afirmó que el desarrollo es “el nuevo nombre de la paz” [33-36].

San Juan Pablo II destacó el valor del trabajo humano.

En *Laborem exercens*, enseñó que el salario justo

muestra si el trabajador es tratado como persona

o como simple costo o recurso.

También habló de solidaridad

entre personas, pueblos y naciones.

La solidaridad no es un sentimiento débil.

Es corresponsabilidad concreta para construir

una “civilización del amor”.

Benedicto XVI retomó el tema del desarrollo

en tiempos de globalización.

En *Caritas in veritate*, recordó que el progreso

debe ser real, inclusivo y sostenible.

También afirmó que la caridad,

unida a la verdad, es “la vía maestra”
de la Doctrina social.

Francisco continuó este camino con fuerza pastoral.

En *Evangelii gaudium*, recordó
que el anuncio cristiano tiene una dimensión social.

La Iglesia debe escuchar el clamor de los pobres,
migrantes y víctimas de nuevas esclavitudes.

En *Laudato si'*, unió el cuidado
de la ‘casa común’ con la opción por los pobres.

Enseñó que no se pueden separar
“el clamor de la tierra” y “el clamor de los pobres”.

En *Fratelli tutti*, propuso la fraternidad universal
y la amistad social.

Invitó a una “mejor política”, capaz de buscar
el bien común.

Y en *Dilexit nos*, recordó que el amor a Cristo
se expresa en amor concreto
a los hermanos [37-44].

Mirado en conjunto, este camino muestra

que la Doctrina social no nació en un escritorio.

Creció en la historia, respondiendo a los “nuevos asuntos”
de cada tiempo.

Cada papa y el Concilio Vaticano II aportaron una luz propia.

Todos ayudaron a profundizar
un mismo núcleo:

- la dignidad de la persona,
- el valor del trabajo,
- el destino universal de los bienes,
- la solidaridad,

- la subsidiariedad,
- la paz,
- la fraternidad
- y el cuidado de la creación.

Hoy, ante la inteligencia artificial y los cambios tecnológicos, esta tradición vuelve a ser necesaria.

Nos ayuda a leer la historia con fe.

También nos invita a decidir con responsabilidad, para que todo progreso esté al servicio de la persona y de los pueblos [45].

Conversación en el Espíritu

Pregunta personal

¿En qué situaciones de mi vida necesito aprender a mirar los cambios de este tiempo no sólo con miedo o entusiasmo, sino con discernimiento evangélico?

Pregunta grupal

Como comunidad, ¿qué signos de nuestro tiempo estamos llamados a escuchar, discernir e interpretar para servir mejor a la dignidad humana y al bien común?

Fundamentos y principios de la Doctrina social de la Iglesia



La Doctrina social de la Iglesia es una enseñanza viva.

Dialoga con la historia, las culturas y las ciencias.

Pero conserva un núcleo de verdad que no pasa.

Por eso sigue orientando la vida personal y social de los creyentes.

En tiempos de inteligencia artificial,

la Iglesia invita a mirar de nuevo sus grandes principios:

la dignidad humana, el bien común,

el destino universal de los bienes,

la subsidiariedad, la solidaridad y la justicia social.

Estos principios no están separados.

Se iluminan unos a otros

y ayudan a custodiar a la persona humana.

Esta reflexión se dirige especialmente a los fieles laicos.

Ellos están llamados a vivir estos principios

en la familia, el trabajo y la participación social.

También se dirige a universidades y centros de estudio,

para que piensen la revolución digital

desde una mirada humana y fraterna **[46-47]**.

El fundamento de todo está en Dios.

La fe cristiana confiesa a Dios como comunión de amor:

Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Por eso, el ser humano está hecho para la relación,

la comunión y la entrega sincera de sí.

En Jesucristo vemos el rostro verdadero de la humanidad.

Él, Verbo encarnado, revela que

“el misterio del hombre sólo se esclarece” en Él.

Su vida muestra una libertad abierta a los demás,

capaz de amar, servir y construir vínculos solidarios.

Cada hombre y cada mujer han sido creados

“a imagen y semejanza” de Dios.

Su dignidad no depende de sus capacidades,
riquezas, cargos o resultados.
Tampoco desaparece por sus errores.
Es un don recibido de Dios, que ama sin fallar.
Por eso, la persona humana es
“el camino primero y fundamental de la Iglesia” [48-50].

**La dignidad de cada persona ha ganado reconocimiento
gracias a la cultura moderna pero también existen ideas peligrosas.**

Una de ellas afirma que cada persona
debe demostrar su valor por su eficiencia o productividad.
Esta mirada reduce a la persona a un recurso útil.
La mide por lo que produce, no por lo que es.
Frente a eso, la Iglesia recuerda que nadie debe ganarse su dignidad.

Hay varias formas de hablar de dignidad.

La dignidad moral se refiere al modo de decidir y actuar.
La dignidad social mira las condiciones de vida
y el respeto concreto que recibe una persona.
La dignidad existencial toca el modo
en que alguien percibe el valor de su propia vida.
Pero existe una dignidad más profunda:
la dignidad ontológica.

Ontológica significa que pertenece al ser mismo de la persona.

Cada ser humano vale por el solo hecho de existir,

porque Dios lo quiso, lo creó y lo ama.
Ningún pecado, fracaso, humillación o exclusión
puede destruir ese valor.
Por eso, como afirma *Dignitas infinita*,
a cada persona le corresponde una “dignidad infinita”,
siempre y en toda situación [51-53].

Los derechos humanos expresan en la historia

esa dignidad que pertenece a toda persona.

La Iglesia reconoce con gratitud

la *Declaración Universal de los Derechos Humanos* de 1948.

La considera una “piedra miliar”

o sea que marca un avance

en el progreso moral de la humanidad.

Los derechos humanos son universales e inalienables.

Pertenecen a toda persona

y no son concesiones del poder.

Entre ellos, el primer derecho es el derecho a la vida,

desde la concepción hasta su fin natural.

Hoy estos derechos enfrentan dos riesgos.

El primero es proclamarlos sólo de palabra,

mientras se toleran nuevas violaciones.

El segundo es olvidar su fundamento profundo.

Si se pierde ese fundamento,

derechos que hoy son considerados intocables

podrían ser negados mañana.

También ha crecido la conciencia

sobre los derechos de las minorías.

Pero queda mucho por hacer,

especialmente respecto a las mujeres.

No basta afirmar que hombres y mujeres

tienen la misma dignidad.

Esa igualdad debe verse en

las leyes, el trabajo, la educación, las responsabilidades sociales

y la participación política.

Lo importante son las personas concretas y sus familias.

No sirven los discursos en favor del pueblo

si no promueven la dignidad real de cada persona.

Tampoco basta exaltar la libertad individual

si muchos siguen sin trabajo digno

ni acceso a los bienes fundamentales [54-58].

El primer gran principio es el bien común.

Podemos decir que es la forma social de la dignidad.

El Concilio Vaticano II lo define

como las condiciones de vida social

que permiten a las personas y comunidades

alcanzar su plenitud.

El bien común no es la simple suma

de intereses individuales.

Es un bien compartido,

que sólo juntos podemos construir y cuidar.

“El todo es más que las partes”.

Por eso, buscar sólo el propio progreso

no basta para construir una sociedad mejor.

Un pueblo nace cuando sus miembros

se reconocen vinculados y corresponsables.

Esto exige diálogo, cultura del encuentro y un proyecto compartido.

Aunque existan diferencias,

siempre es posible buscar acuerdos básicos

para caminar juntos.

El Estado tiene una tarea importante:

armonizar con justicia los distintos intereses.

Debe cuidar la cohesión social,

proteger a los más débiles

y evitar que la política se reduzca a cálculos de corto plazo.

El bien común también vale para la vida internacional.

Necesitamos cooperación e instituciones más eficaces.

Deben cuidar el bien común global,

sin anular la identidad legítima de los pueblos [59-64].

El segundo principio es el destino universal de los bienes.

Dios entregó la tierra a toda la familia humana.

El suelo, el agua, el aire y los recursos naturales

deben sostener la vida de todos.

San Juan Pablo II recordó que Dios dio la tierra a todos,

“sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno”.

Por eso, la propiedad privada tiene sentido,

pero no es absoluta.

Siempre debe estar orientada al bien común.

Hoy este principio también se aplica a bienes nuevos:

patentes, algoritmos, plataformas digitales,

infraestructuras tecnológicas y datos.

Si estos bienes quedan en pocas manos,

crecen la exclusión y la brecha digital.

La tecnología debe usarse con responsabilidad.

Tiene que respetar la ‘casa común’,

cuidar a los pobres y pensar en las generaciones futuras.

El papa dice así:

“En un contexto donde la riqueza de las naciones

depende cada vez más de

conocimientos y tecnologías,

cuando estos bienes quedan concentrados

en las manos de unos pocos,

sin adecuadas formas de intercambio y de acceso,

se crea un nuevo desequilibrio

que contradice el destino universal de los bienes

y alimenta la brecha entre incluidos y excluidos, entre quienes pueden participar en la revolución digital y quienes permanecen al margen” [65-67].

El tercer principio es la subsidiariedad.

Significa que las decisiones deben tomarse lo más cerca posible de las personas afectadas.

Lo que pueden hacer las personas, familias, comunidades y asociaciones no debe ser absorbido por instancias superiores.

Este principio no justifica que el Estado se desentienda.

Al contrario, orienta su acción.

El Estado debe crear condiciones para que todos puedan participar y asumir responsabilidades.

La subsidiariedad ayuda a superar el paternalismo y el asistencialismo.

Promueve una sociedad civil activa, capaz de generar vínculos y respuestas creativas.

En la revolución digital, este principio es clave.

Hoy grandes empresas y plataformas pueden concentrar datos, reglas y decisiones.

Por eso se necesitan transparencia, responsabilidad, auditorías independientes, acceso equitativo a los datos y herramientas de apelación.

Los Estados y las instituciones internacionales deben garantizar reglas justas.

No se puede permitir que pocos actores orienten solos el futuro digital de todos [68-72].

El cuarto principio es la solidaridad.

Nace de saber que estamos unidos.

Nadie vive solo.

Nadie se salva solo.

La solidaridad no es solo un sentimiento.

Es reconocer que el destino de cada persona
está ligado al destino de todos.

También exige participación: informarse, asociarse,
hacer oír la propia voz y asumir responsabilidades.

Hoy ya existe una “solidaridad de hecho”.

Las economías, las comunicaciones y las redes digitales
conectan al mundo.

Pero esa conexión no basta.

Debe convertirse en una decisión consciente
de cuidado mutuo.

La solidaridad es principio y virtud.

Como virtud, pide una “determinación firme y perseverante”
de trabajar por el bien común.

También pide estilos de vida sobrios,
capacidad de compartir
y revisión de privilegios.

En la era digital, la solidaridad debe mirar
los datos, los algoritmos, las plataformas
y la inteligencia artificial.

Sus decisiones no pueden buscar sólo
el beneficio inmediato.

Deben considerar a todos los pueblos
y a las futuras generaciones **[73-76]**.

El quinto principio es la justicia social.

Para los cristianos, es una forma concreta de seguir a Jesús.

Él anunció la “Buena Noticia a los pobres”

y se identificó con pequeños, enfermos, presos y extranjeros.

La justicia social no mira sólo actos individuales.

También mira estructuras económicas, políticas y culturales.

Una sociedad justa permite que todos,

especialmente los más frágiles,

vivan de manera realmente humana.

La opción preferencial por los pobres

debe marcar decisiones personales y sociales.

Hay que mirar desde quienes son más vulnerables:

pobres, migrantes, refugiados, víctimas de violencia

y personas en periferias.

También existen “estructuras de pecado”.

Son mecanismos que producen desigualdad

casi automáticamente.

Por eso, la justicia tiene también

una dimensión reparadora.

Debe sanar heridas, combatir discriminaciones

y devolver dignidad y voz

a quienes fueron ignorados.

En el mundo digital, la justicia exige evitar nuevas exclusiones.

Nadie debe quedar sin acceso a tecnologías básicas.

Nadie debe ser víctima de vigilancia abusiva,

algoritmos opacos, prejuicios o discriminación.

La situación de migrantes y refugiados es una prueba decisiva.

Una sociedad muestra su justicia en el modo de tratarlos.

Debe proteger el derecho a migrar con seguridad

y también el derecho a permanecer en la propia tierra **[77-81]**.

**Todos estos principios se reúnen
en el desarrollo humano integral.**

San Pablo VI enseñó que el desarrollo verdadero
debe promover a “todos los hombres y a todo el hombre”.

Esto significa cuidar todas las dimensiones de la vida:
espiritual, cultural, moral, económica,
social y relacional.

No es desarrollo verdadero
el que aumenta el consumo de algunos
y deja heridas en otros.

La ecología integral ayuda a verificar
la calidad del progreso.

No hay verdadero progreso
si se destruye la ‘casa común’,
se golpea a los pobres
o se compromete el futuro.

Por eso, la inteligencia artificial
debe ser evaluada con una pregunta clara:
¿ayuda a crecer en humanidad, fraternidad y justicia?
Esta pregunta debe orientar
los próximos discernimientos **[82-85]**.

La Doctrina social también examina a la Iglesia.

No es sólo una palabra dirigida al mundo.

Es una llamada a vivir dentro de la Iglesia lo que ella anuncia.

El bien común eclesial pide un estilo sinodal.

Sinodalidad significa caminar y decidir juntos como Pueblo de Dios.

Esto exige transparencia, rendición de cuentas y evaluación.

La subsidiariedad pide valorar carismas,
competencias y responsabilidades de los bautizados.

Los organismos de participación
deben ser reales, no sólo nominales.
La solidaridad nace de Cristo
y se alimenta en la Eucaristía.
Nos recuerda que somos un solo cuerpo
y debemos aprender a compartir.
La justicia en la Iglesia exige sanar relaciones y estructuras.
También exige escuchar a víctimas de abusos espirituales,
económicos, institucionales, sexuales, de poder y de conciencia.
El camino incluye reconocer el daño, reparar justamente y prevenir.
Toda autoridad en la Iglesia está al servicio del Pueblo de Dios.
Sólo así la Iglesia podrá ofrecer un signo creíble:
buscar juntos el bien de todos no es una utopía.
Es una posibilidad real,
abierta por el Espíritu Santo [86-89].

Conversación en el Espíritu

Pregunta personal

¿Cuál de estos principios —dignidad humana, bien común, destino universal de los bienes, subsidiariedad, solidaridad o justicia social— siento que debo vivir con más coherencia en mi vida cotidiana?

Pregunta grupal

¿Qué decisiones concretas de nuestra comunidad, institución o territorio deberían revisarse a la luz de estos principios, especialmente frente a la revolución digital y a la inteligencia artificial?

Técnica y dominio. La grandeza de la persona humana ante las promesas de la inteligencia artificial



La pregunta de fondo no es sólo qué tecnología usamos.

La pregunta es qué estamos construyendo.

La Biblia nos ofrece dos imágenes: Babel y Jerusalén.

Babel representa un proyecto de dominio
que termina por deshumanizar.

Jerusalén, reconstruida con Nehemías,
muestra una obra común, paciente y responsable.

La inteligencia artificial y otras tecnologías
ya forman parte de la vida diaria.

Por eso no decidimos sólo sobre el futuro.

Decidimos también sobre el presente.

Los creyentes estamos llamados a elegir
con qué estilo construiremos este tiempo.

La tarea es cuidar y valorar

la magnífica humanidad recibida como don de Dios **[90-91]**.

El papa Francisco llamó “paradigma tecnocrático”

a una mentalidad que pone la eficiencia,

el control y el lucro por encima de todo.

Cuando esta lógica domina,

la técnica deja de ser instrumento y se vuelve criterio.

Entonces decide qué cuenta y qué puede descartarse.

La inteligencia artificial, la robótica,

la biotecnología y otras innovaciones

pueden ayudar mucho.

Pueden servir al desarrollo humano integral

y al cuidado de la ‘casa común’.

Pero también pueden acelerar

ese paradigma tecnocrático.

Por eso necesitan un marco espiritual, ético y político.

Más poder no significa necesariamente más humanidad.
San Pablo VI ya advertía que los avances científicos y técnicos,
sin progreso social y moral,
terminan volviéndose contra el ser humano.
Podemos “tener más” y, al mismo tiempo, “ser menos”.
La persona corre el riesgo
de ser valorada sólo por su rendimiento [92-94].

**Hoy una gran parte del poder digital
está en grandes empresas tecnológicas y no en el Estado.**

Estas empresas controlan plataformas, datos, infraestructura
y capacidad de cálculo.
También influyen en la visibilidad,
la participación y el acceso a oportunidades.
Cuando tanto poder se concentra en pocas manos,
crecen la opacidad, la dependencia y la desigualdad.
Por eso, los principios de la Doctrina social
son necesarios para discernir este nuevo escenario:
la dignidad humana, el bien común,
la subsidiariedad, la solidaridad y la justicia social [95-96].

Como los procesos internos de estos sistemas

y sus aspectos científicos fundamentales
siguen siendo aún desconocidos,
el papa dice que se hace urgente un doble compromiso:
por una parte, profundizar en la investigación científica
porque ella nos puede ayudar mucho;
y por otra, ejercitar el discernimiento moral y espiritual [98].

La inteligencia artificial no debe confundirse con la humana.

Estos sistemas imitan, calculan y procesan a gran velocidad.

Pero esta potencia está atada sólo a los datos.

La máquina no vive una experiencia.

No tiene cuerpo, ni conoce la alegría o el dolor.

No madura en las relaciones, ni sabe lo que significa el amor, el trabajo o la amistad.

No tiene conciencia moral para juzgar el bien o el mal.

Puede simular empatía, pero no sabe lo que produce.

Por eso, urge investigar más,

y formarnos en el discernimiento moral y espiritual

para distinguir la máquina del corazón vivo [\[98-99\]](#).

La inteligencia artificial puede ser una ayuda valiosa, pero exige prudencia.

En el uso personal aparecen tres riesgos importantes.

Primero, acostumbrarnos a respuestas rápidas
y delegar demasiado.

Segundo, creer que sus respuestas
son totalmente objetivas.

Tercero, confundir una comunicación simulada
con una relación verdadera.

Una palabra artificial puede parecer cercana,
amable o comprensiva.

Pero si sólo simula una relación,
no reemplaza el encuentro humano.

El peligro crece cuando una persona vive
con pocos vínculos reales.

Entonces puede perder el deseo
de buscar verdaderamente al otro.

En la sociedad, la inteligencia artificial ya participa
en decisiones, servicios, comunicación y control.

Puede mejorar procesos,
pero también tiene impacto ambiental.
Grandes sistemas consumen energía, agua e infraestructura.
Por eso, el desarrollo tecnológico debe ser más sostenible
y cuidar la 'casa común' [100-101].

El uso de la inteligencia artificial nunca es sólo técnico.

Cuando afecta trabajo, crédito, servicios,
reputación o libertad,
toca derechos concretos.
No podemos entregar decisiones delicadas
a sistemas que no conocen compasión,
misericordia, perdón ni esperanza de cambio.
Un algoritmo puede excluir a alguien
con apariencia de neutralidad,
Pues “puede seleccionar quién es digno y quién no,
Sin que nadie asuma el peso de la decisión”
Y eso en la práctica “significa encomendarle la tarea
de redefinir los límites de las posibilidades humanas”.
Por eso, confiar en esa neutralidad puede esconder prejuicios,
estereotipos o intereses.
Si nadie asume la decisión,
la injusticia se vuelve silenciosa.
La persona descartada queda sin rostro
y sin responsable.
Por eso, la inteligencia artificial no es moralmente neutra.
Todo sistema técnico incluye decisiones:
qué mide, qué ignora, qué optimiza
y cómo clasifica personas y situaciones.
El discernimiento ético debe mirar no sólo el uso,

sino también el diseño.

Debe preguntar qué idea de persona y sociedad
está inscrita en los datos y modelos [102-104].

Para que la inteligencia artificial sirva al bien común,

deben estar claras las responsabilidades.

Esto vale para quienes diseñan, programan, compran,
aplican y supervisan los sistemas.

La “rendición de cuentas” significa saber
quién responde, explica, corrige
y repara los daños.

Pedir prudencia, controles

y, a veces, una adopción más lenta de la inteligencia artificial,
no es rechazar el progreso.

Es cuidar responsablemente a la familia humana.

La tecnología avanza rápido,
pero la conciencia, las leyes y las instituciones
avanzan más lento.

No basta decir “ética”.

Hacen falta leyes, vigilancia independiente,
educación de usuarios

y una política que no renuncie a su tarea.

También debe discutirse qué valores guían a la inteligencia artificial.

No serviría una inteligencia artificial “más moral”
si esa moral la deciden sólo unos pocos [105-107].

La inteligencia artificial puede aumentar el poder

de quienes ya tienen dinero, datos
y capacidades técnicas.

Pequeños grupos pueden orientar información,

consumo, economía y democracia.
Esto afecta la justicia social
y la solidaridad entre los pueblos.
Los datos no pueden quedar sólo en manos privadas.
Son fruto del aporte de muchos.
Por eso deben pensarse también
como bienes comunes o colectivos.
Las comunidades no deben ser simples destinatarias
de decisiones tomadas lejos.
Deben participar en el discernimiento
y en la vigilancia.
La Doctrina social ayuda a leer esta realidad.
El bien común pide desenmascarar nuevos monopolios.
El destino universal de los bienes pide acceso
a tecnología y formación.
La subsidiariedad exige capacidad real
de decidir y corregir.
La solidaridad pide reconocer trabajos invisibles.
Por tanto, la justicia social exige
incluir estos criterios
de la enseñanza social de la Iglesia
desde el inicio mismo,
pues como indica la encíclica
“la justicia social no es sólo un objetivo
que hay que tutelar después
de la adopción de las tecnologías,
sino una condición
que se debe poner en práctica
desde su diseño” [108-109].

Una palabra importante es “desarmar”.

Desarmar la inteligencia artificial significa quitarla de la lógica de la competencia armamentística, económica y cognitiva.

No significa renunciar a la tecnología.

Significa impedir que domine lo humano.

Desarmar la inteligencia artificial es hacerla discutible, controlable y habitable.

Es sacarla de los monopolios y abrirla a la pluralidad de culturas.

La IA ya es parte del ambiente donde vivimos.

Por eso no basta regularla.

Hay que hacerla acogedora y orientarla al servicio de la vida [110].

La innovación tecnológica puede participar, de algún modo, en la creatividad que Dios confió al ser humano.

Así, quienes desarrollan sistemas de inteligencia artificial tienen una gran responsabilidad ética y espiritual.

Cada decisión de diseño expresa una visión de la humanidad.

Por eso, los desarrolladores deben actuar con transparencia, responsabilidad y atención a las comunidades afectadas.

Deben verificar que lo que cultivan sea realmente un bien [111].

El riesgo principal es aceptar como normal una visión antihumana

(y no sólo usar mal algunas tecnologías).

Esa visión dice que vivir bien es tener más, eliminar la fragilidad

y controlarlo todo.

Cuando la eficiencia se vuelve medida del valor,
la persona se ve como un proyecto
que debe optimizarse.

Pero el ser humano no es una máquina
que debe perfeccionarse sin límite.

Es una criatura llamada a la relación
y a la comunión

En definitiva, como se pregunta la encíclica:

“qué significa custodiar lo humano.

El riesgo no es sólo que algunas tecnologías se usen mal,
sino que el paradigma tecnocrático en el que estamos inmersos,
potenciado por la revolución digital y la inteligencia artificial,
haga parecer justa y normal una visión antihumana,
según la cual la plenitud de la vida consistiría en tener más,
reducir la fragilidad, eliminar lo imprevisto y controlarlo todo.

Cuando la eficiencia se vuelve medida de valor,
el ser humano es tentado a considerarse como un proyecto
que debe optimizarse más que como una criatura
llamada a la relación y a la comunión” [112].

La inteligencia es valiosa, pero no lo es todo.

No debemos absolutizar una sola dimensión humana.

Si se vuelve medida única,
puede ocultar el afecto,
la voluntad, la entrega y la relación.

El poder técnico, sin equilibrio,
no siempre nos hace más capaces.

Puede aislarnos y abrir nuevas formas de dominio.

La inteligencia humana está hecha
para servir a la vida y a la persona [113].

La calidad de una civilización
no se mide sólo por sus medios.
Se mide por el cuidado que sabe ofrecer.
También se mide por su capacidad
de reconocer un rostro, no sólo una función.
Cuidar se aprende en gestos sencillos.
Leer a un niño, acompañar a un anciano
o hacer acogedor un lugar
forman humanidad.
La tecnología puede ayudar al cuidado,
si no quita libertad, juicio
y responsabilidad a las personas [114].

Algunas corrientes actuales sueñan
con superar al ser humano mediante la técnica.
El transhumanismo busca potenciar
capacidades humanas con tecnologías.
El posthumanismo imagina una combinación
entre ser humano, máquina y ambiente.
El problema no es usar tecnología.
El problema es tratar al ser humano
como materia que debe ser perfeccionada
o superada.
Entonces algunas personas pueden ser vistas
como menos útiles, menos deseables
o menos dignas.
La fe distingue dos caminos.
Una cosa es integrar la tecnología
en una visión humana y relacional.
Otra cosa es creer en una “salvación” técnica
que desprecia los límites humanos [115-117].

Hoy muchas veces se mira el límite
como un defecto que debe corregirse.
Enfermedad, fragilidad, ancianidad
y vulnerabilidad parecen obstáculos.
Pero el ser humano no florece sólo a pesar del límite.
Muchas veces florece a través del límite.
En la fragilidad pueden nacer compasión,
generosidad, oración y cuidado.
Allí también podemos descubrir
el afecto de otros y la presencia del Señor.
El dolor no debe buscarse,
pero tampoco puede negarse como si nada enseñara.
Eliminar todo dolor exigiría apagar también
el amor y el deseo.
Quien ama se expone a la prueba.
Las heridas de la vida pueden convertirse
en memoria, aprendizaje y sabiduría.
Renunciar a esta aventura
no sería ser más humanos **[118-120]**.

El mal hiere la vida personal y social.

Sin embargo, incluso allí puede abrirse
un camino de conversión y reconciliación.
La gracia de Dios puede reavivar
una luz que parecía apagada.
La historia muestra grandes heridas,
pero también instituciones y personas
que protegieron la dignidad.
La Cruz Roja, la abolición de la esclavitud,
la ONU, los derechos humanos

y la protección de refugiados
muestran caminos posibles.
Son conquistas frágiles, lentas
y siempre amenazadas.
También hay testigos concretos.
Martin Luther King Jr., Nelson Mandela
y muchas mujeres valientes
hicieron más humana la historia.
Junto a ellos y a ellas están los mártires de la justicia,
las comunidades en lugares difíciles
y los “mártires de lo cotidiano”:
familias, médicos, educadores,
voluntarios y cuidadores [121-125].

La esperanza se mantiene viva gracias

a esta unión de instituciones justas,
testimonios creíbles
y fidelidades cotidianas.
La técnica debe crecer
sin que el corazón se achique.
La humanidad, magnífica y herida,
no debe ser sustituida ni superada.
Puede acoger progresos que alivien sufrimientos
y abran posibilidades.
Pero no debe renunciar a lo que la hace humana:
la relación, el amor y la apertura a Dios [126].

La fe cristiana también habla de un “más que humano”.
Pero no lo busca en una divinización tecnológica.
Lo recibe como gracia de Dios en Cristo.

El ser humano está llamado a trascenderse,
no para negar sus límites,
sino para realizarse en el amor.
Esta transformación es obra del Espíritu Santo.
“El que vive en Cristo es una nueva criatura” [127].

La gracia no nos hace menos humanos.

Al contrario, nos lleva
a nuestro ser más verdadero.
Como dijo el papa Francisco,
somos plenamente humanos
cuando dejamos que Dios
nos lleve más allá de nosotros mismos.
La diferencia es clara.
No nos salva una autosuficiencia potenciada.
Nos salva una relación que libera
y una comunión que transforma.
Para un algoritmo,
el error es algo que corregir.
Para una persona,
puede ser inicio de conversión [128].

El humanismo cristiano no rechaza la ciencia ni la técnica.

Las recibe con gratitud y realismo.
Pero las ordena al bien común,
la justicia, el cuidado de los frágiles y la creación.
La alternativa no está entre entusiasmo y miedo.
Está entre dos modos de construir.
Un progreso sirve a la persona y a los pueblos.
Otro progreso los somete a lógicas de poder.

La gran pregunta sigue vigente:
¿la inteligencia artificial hace la vida humana “más humana”
y “más digna del hombre”?
Si la respuesta es sí, puede ser una posibilidad buena.
Si el poder crece y el corazón se marchita,
estamos ante una nueva Babel [129].

Al final, todo nos lleva al corazón.

Lo que amamos orienta nuestras decisiones,
instituciones y tecnologías.
San Agustín habló de dos amores
y dos ciudades:
el amor a Dios y al prójimo,
o el amor cerrado sobre uno mismo.
También en el tiempo de la inteligencia artificial,
estos dos amores luchan dentro de nosotros.
La construcción de Babel
o de Jerusalén
comienza en cada corazón [130].

Conversación en el Espíritu

Pregunta personal

Frente a las promesas de la tecnología que me invitan a ser más eficiente y a controlarlo todo, ¿cómo custodio mi capacidad de amar, de sufrir con otros y de ser verdaderamente humano?

Pregunta grupal

Como comunidad, ¿cómo podemos evitar que nuestras relaciones y decisiones sean gobernadas únicamente por la lógica de la eficiencia y la inmediatez?

Capítulo cuarto

Custodiar lo humano en la transformación. Verdad, trabajo, libertad



La transformación tecnológica no cambia sólo las herramientas.

También transforma gestos cotidianos, relaciones sociales y formas de vida.

Por eso, la Iglesia invita a mirar ámbitos concretos

donde la inteligencia artificial tiene efectos reales.

Hoy necesitamos redescubrir la verdad como bien común,

proteger la dignidad del trabajo

y cuidar la libertad frente a la dependencia.

También debemos vigilar la mercantilización de la persona,

es decir, cuando se la trata como mercancía o recurso útil **[131]**.

Las plataformas digitales y la inteligencia artificial pueden

favorecer el debate y la participación pública.

Pero también pueden difundir relatos parciales,

mezclar hechos con opiniones

y borrar la frontera entre lo verdadero y lo falso.

La desinformación no nació con la inteligencia artificial,

pero hoy encuentra en ella un gran multiplicador.

La verdad no se construye con control centralizado

ni con respuestas automáticas.

Requiere verificación, comparación de fuentes

y responsabilidad al hablar.

También necesita confianza, diálogo honesto

y búsqueda compartida.

Por eso, la verdad de los hechos

debe ser cuidada como un bien común **[132]**.

Quienes tienen poder técnico, económico y comunicativo pueden influir mucho en la cultura.

Pueden imponer una visión sobre el ser humano,

la familia, el mundo e incluso sobre Dios.

Ese poder se vuelve peligroso
cuando decide qué deben considerar verdadero los demás.
San Juan Pablo II habló de una “crisis en torno a la verdad”.
Cuando se abandona una verdad universal sobre el bien,
también se debilita la conciencia.
El papa Francisco recordó que una sociedad necesita respetar
la verdad de la dignidad humana.
Sin ese fundamento, ni la ley ni la democracia
se sostienen de verdad [133].

La democracia necesita amor a la verdad.

No basta con normas, votos y procedimientos.
También hace falta una relación leal con los hechos
y una orientación sincera al bien común.
Cuando lo verdadero deja de importar,
la vida democrática se debilita.
El totalitarismo crece cuando las personas
ya no distinguen entre hecho y ficción,
entre verdad y mentira.
“La búsqueda de la verdad
es un elemento esencial para la democracia,
que es en sí misma
un instrumento de participación en el bien común.
Cuando la pregunta sobre lo que es verdadero pierde interés
y se impone un pragmatismo que
se conforma con lo que parece útil o eficaz,
la vida democrática se debilita”, dice el papa,
y añade: “esta, en efecto, no se sustenta
únicamente en normas y
procedimientos, sino, ante todo,

en una relación leal con los hechos y en una orientación real hacia el bien de las personas y del conjunto de la sociedad. El desinterés por la verdad conduce lenta pero inexorablemente hacia el totalitarismo”, para el cual, como escribió la filósofa Hannah Arendt, los súbditos ideales no son tanto aquellos ideológicamente convencidos, sino “las personas para quienes ya no existe la distinción entre el hecho y la ficción (es decir, la realidad de la experiencia) y la distinción entre lo verdadero y lo falso (es decir, las normas del pensamiento)” [134].

La comunicación no es sólo transmisión de información. También crea cultura.

Lo que circula en internet forma deseos, ideas y decisiones. No es un mundo separado de la vida real, sobre todo para los jóvenes. Por eso, quienes controlan plataformas y medios tienen una gran responsabilidad. Pueden ayudar al pensamiento crítico, o favorecer distracción, uniformidad y dominio. La red debe ser un lugar donde maduren la libertad interior, la búsqueda de la verdad y el respeto de la dignidad humana [135-136].

Hace falta una “ecología de la comunicación”, es decir, un modo sano y responsable de habitar los medios digitales. Esto exige reglas claras sobre cómo se seleccionan

y amplifican los contenidos.

También pide proteger los datos personales.

En la sociedad hacen falta periodismo serio,
espacios de debate y verificación antes que reacción inmediata.

En la familia y la escuela se necesita educación digital crítica.

En la universidad se requiere unir saberes
para comprender mejor la complejidad [137].

Las comunidades cristianas también deben comprometerse

con una comunicación transparente.

La Iglesia reconoce con vergüenza
que muchas verdades dolorosas salieron a la luz
gracias al trabajo de periodistas.

Ellos dieron voz a víctimas de abusos
y ayudaron a no ocultar lo que estaba mal.

Pero la transparencia no debe depender de presiones externas.

Es responsabilidad propia de la Iglesia
afrontar las verdades incómodas sobre sí misma [138].

La educación es decisiva

cuando la verdad queda sometida a intereses
y estrategias de comunicación.

Sin embargo, la cultura digital favorece la inmediatez,
la sobreestimulación, el cansancio
y la apatía ante el esfuerzo de buscar la verdad.

Educar requiere tiempo, paciencia
y contacto con la realidad.

Toda tecnología educa a quien la usa.

Por eso, educar en el uso de la IA
también significa enseñar cuándo y para qué no usarla.

Hay que proteger a los jóvenes de la idea de una máquina perfecta que hace innecesario el pensamiento humano [139-140].

La exposición temprana y sin acompañamiento

a dispositivos, redes y contenidos digitales puede afectar el sueño, la atención, las emociones y las relaciones.

También puede exponer a niños y adolescentes a contenidos violentos, manipulación, acoso, presión para compartir datos sensibles y contactos peligrosos.

Las familias no pueden enfrentar solas modelos de negocio que ganan dinero captando tiempo y atención.

Hace falta una alianza entre política, escuela y familia.

Se necesitan límites de edad, responsabilidad de las plataformas y protección específica de la infancia y la adolescencia.

También hay que educar para reconocer manipulaciones, cuidar la propia dignidad y respetar la dignidad de los demás [141-142].

La escuela tiene un papel central.

Allí las nuevas generaciones aprenden a buscar la verdad, pensar críticamente y reconocer la dignidad de cada persona.

Los padres tienen el derecho primario de elegir una educación coherente con sus convicciones morales, culturales y religiosas.

El primer reto educativo es social y político.

Todavía hay muchas desigualdades en el acceso a la educación básica y a los estudios superiores.

Los Estados deben garantizar educación de calidad para todos.

También conviene reconocer la tarea de muchas obras educativas católicas que acogen de modo inclusivo a niños y jóvenes de diversas realidades [143-144].

El segundo reto es pedagógico.

La escuela debe actualizarse sin perder su misión integral.

La inteligencia artificial y las nuevas tecnologías exigen revisar planes de estudio, métodos, espacios, evaluación y formación docente.

Los docentes necesitan formación continua.

Así podrán ayudar a los alumnos

a usar la tecnología de modo responsable, crítico y creativo, sin dejarse dominar por ella [145].

El tercer reto es sapiencial,

es decir, relacionado con la sabiduría.

Podemos saber muchas cosas y perder el sentido de la vida.

La información fragmentada no basta.

Hace falta aprender a unir conocimientos, preguntar por el sentido y pensar con profundidad.

Por eso se necesita una higiene de la atención: silencio, lectura, estudio, reflexión y análisis sereno.

Sin esto, se debilita la libertad interior.
La escuela no debe correr detrás de la velocidad digital.
Debe ofrecer aquello que lo digital no da por sí solo:
tiempo compartido para aprender
y relaciones confiables [146-147].

El trabajo es una clave esencial de la cuestión social.

Desde *Rerum novarum*,
la Iglesia ha defendido a los trabajadores
y ha denunciado la explotación.
Pero también ha recordado
que el trabajo expresa la dignidad humana.
Trabajar no es sólo ganar dinero.
Es desarrollar capacidades, sostener a la familia,
cooperar con otros, construir el bien común
y participar en la obra creadora de Dios.
Por eso, las ayudas económicas pueden ser necesarias
en situaciones de emergencia.
Pero no sustituyen la meta principal:
que cada persona pueda vivir dignamente
de su propio trabajo [148-149].

La automatización, la robótica y la inteligencia artificial están transformando el trabajo.

Se promete más productividad,
pero no todo cambio es automáticamente mejor.
A veces los trabajadores deben adaptarse
a la velocidad de las máquinas,
en vez de recibir herramientas que los ayuden.
La tecnología puede quitar capacidades,

aumentar la vigilancia
y encerrar a las personas en tareas rígidas.
Por eso, los sistemas deben diseñarse
centrados en la persona,
y no sólo en el rendimiento [150].

El desempleo es un mal grave.
Cuando se vuelve masivo,
puede convertirse en una verdadera calamidad social.
Hoy esta preocupación crece,
porque la innovación muchas veces se usa
para reducir costos y aumentar beneficios.
La tecnología puede liberar a las personas
de trabajos pesados, repetitivos o peligrosos.
Pero “la norma general debe seguir siendo
la protección de los puestos de trabajo
y del papel insustituible de la persona.
El objetivo de obtener mayores beneficios
no puede justificar decisiones que sacrifiquen sistemáticamente el empleo,
porque la persona humana es un fin y no un medio,
y el orden económico debe permanecer subordinado
a su dignidad y al bien común” [151-152].

La transición digital no afecta a todos por igual.

En sociedades ricas, la automatización puede avanzar rápido
y generar desempleo.
En otras regiones, conviven tecnología parcial
y trabajo mal pagado,
sin verdadera transformación.
Por eso no existe una solución única.

Se necesitan respuestas nacionales y locales, con participación de comunidades, organizaciones y cuerpos intermedios.

La meta es construir formas concretas de convivencia humana dentro del cambio [153].

El trabajo sigue siendo espacio de expresión, relación y aporte a la comunidad.

Una sociedad donde sólo pocos trabajan corre el riesgo de producir inactividad, pérdida de responsabilidades y empobrecimiento humano.

Por eso, el acceso al trabajo para todos debe ser prioridad de las políticas públicas y de los procesos económicos.

También debemos repensar la relación entre trabajo y ciudadanía, para que la falta de empleo no excluya a nadie de la vida social [154].

Se ha avanzado en la protección de los trabajadores pero se requiere más.

Las asociaciones, sindicatos, cooperativas y obras sociales nacidas después de *Rerum novarum* ayudaron mucho a proteger trabajadores.

Hoy esos instrumentos siguen siendo necesarios, pero no bastan.

Hace falta un nuevo esfuerzo de políticos, trabajadores, empresas y científicos. Se requieren normas y protecciones adecuadas, también a nivel internacional.

Los sindicatos deben abrirse
a nuevas formas de trabajo
y a nuevos trabajadores [155].

No basta reaccionar cuando desaparecen empleos.

Hay que gestionar la transformación con anticipación.
Cada introducción de inteligencia artificial debería incluir
protección del empleo, formación,
participación de trabajadores
y transición profesional accesible.
Las empresas deben medir su éxito
también por la calidad y la dignidad del trabajo.
Si estas condiciones existen,
la innovación puede hacer el trabajo
más seguro, creativo y digno.
Si faltan, acelera la injusticia [156].

La libertad económica no es absoluta.

Debe medirse por el bien común
y por la dignidad de cada persona.
La empresa puede ser una verdadera vocación
cuando crea empleo digno y valor social.
No basta esperar que el crecimiento “chorree” a los pobres
o se derrame al final del proceso.
El crecimiento debe ser inclusivo desde el inicio.
La experiencia muestra que, en las crisis,
los pobres suelen pagar el precio más alto [157-158].

También necesitamos medir mejor el desarrollo.

El Producto Interno Bruto, o PIB,

calcula la producción económica de un país.
Pero no muestra suficientemente
la dignidad del trabajo,
la reducción de desigualdades,
la prosperidad compartida
ni el cuidado ambiental.
Hace falta complementar esa medida
con criterios más humanos.
Así las decisiones públicas podrán mirar mejor
el bienestar real de las personas,
la justicia y la paz [159].

Las finanzas tienen una función social

cuando el ahorro se transforma
en crédito para la economía real
y crea trabajo.
Pero la financiación por la financiación misma
puede causar abusos, injusticias y crisis.
La renta del capital no debe desplazar
el valor del trabajo.
El crédito debe servir al desarrollo,
la inversión
y la creación de empleo digno [160].

“Pocos tienen demasiado y demasiados tienen poco”.

Es decir, la riqueza mundial ha crecido,
pero también se ha concentrado más.
Además, muchas innovaciones científicas y médicas
no llegan a la mayoría.
No podemos suponer que las tecnologías

beneficiarán automáticamente a todos.

Si no se planifican con justicia,
producirán nuevas desigualdades.

Hoy la justicia incluye acceso a cuidados,
conocimiento, herramientas
y oportunidades [161].

Se necesitan leyes justas,

Redistribución y sistemas fiscales que alivien a los más débiles
y pidan más a quienes tienen más.

Pero la justicia no debe llegar sólo después
de producir riqueza.

Debe estar presente en todo el proceso económico:
recursos, financiación, producción y consumo.

En la era de la inteligencia artificial no basta confiar en la “mano invisible” del mercado.

La política debe orientar economía y tecnología
hacia el bien común.

La prosperidad sólo fortalece la paz
si es amplia, inclusiva y sostenible [162-163].

Orientar la economía hacia la dignidad

exige transparencia, responsabilidad, inclusión y equidad.

Cuando datos y algoritmos influyen
en créditos, empleos o servicios,
las decisiones deben ser comprensibles y revisables.

También hacen falta inversiones
en capacidades, infraestructura y servicios esenciales.

La fiscalidad, la protección social
y las políticas industriales deben corregir

la concentración de riqueza y poder.
Estos criterios no frenan la innovación.
La hacen humana y viable **[164]**.

La familia es un bien social primario.

Fundada en la unión estable
entre un hombre y una mujer,
es el primer lugar donde la persona aprende
dignidad, verdad, bondad y vida social.
Cuando la política y la economía
dejan a la familia en segundo plano,
se debilita todo el cuerpo social.
La familia necesita apoyo cultural, jurídico y económico.
El desempleo y la precariedad
la hieren profundamente **[165-166]**.

Para los jóvenes, la precariedad laboral es especialmente grave.

El trabajo no es sólo ingreso.
También forma identidad, relaciones,
responsabilidades y vocación.
Cuando faltan oportunidades,
muchos jóvenes ven bloqueado su desarrollo.
Por eso necesitan formación continua,
actualización profesional
y caminos reales para asumir con autonomía
los cambios económicos **[167]**.

El Estado debe apoyar el empleo,

crear condiciones favorables para las empresas
y defender el trabajo en tiempos de crisis.

Hace falta una creatividad política “a favor del empleo”, centrada en familias y jóvenes.

Sostener a las familias exige trabajo estable, ritmos humanos, descanso, servicios y formación accesible.

También hacen falta redes comunitarias que acompañen las decisiones de vida y eviten que la incertidumbre termine en soledad o dependencia [168-169].

La revolución digital también afecta la libertad.

Las plataformas buscan captar tiempo y atención.

Cuando un negocio prospera explotando fragilidades humanas, la persona es tratada como medio, y no como fin.

Por eso urge promover sobriedad digital, protección de menores y rechazo de modelos que ganan dinero a costa de la vulnerabilidad [170].

Otro riesgo es el control social.

Cada gesto digital puede dejar huellas: movimientos, compras, relaciones y preferencias.

Con esos datos se puede perfilar, prever y orientar conductas.

La libertad digital no es sólo interior.

También es un asunto público.

Requiere normas claras, transparencia, límites a tecnologías invasivas

y caminos para reclamar
cuando una decisión algorítmica daña a una persona.
“Cuando cada gesto deja huellas
—desplazamientos, compras, relaciones, preferencias—
se crea un poder nuevo: el de perfilar, prever y orientar los comportamientos,
a menudo sin que las personas tengan plena conciencia de ello.
Si estos datos se utilizan para tomar decisiones
que inciden en oportunidades concretas
(acceso al crédito, selección de personal, servicios),
existe el riesgo de
socavar la libertad y discriminar a los más vulnerables” [171].

**La raíz de estos problemas es una mentalidad
que trata a la persona como objeto manipulable
o recurso optimizable.**

Cuando sólo importan eficiencia y beneficio,
se debilitan libertad y dignidad.
Algunas visiones llegan a imaginar
seres humanos “de segunda clase”.
También ciertas deudas estructurales
mantienen pueblos enteros en dependencia.
Son nuevas formas de subordinación
que se parecen a la esclavitud [172].

La economía digital no es mágica ni inmaterial.

Detrás de cada respuesta automática
hay recursos naturales, energía, infraestructura
y trabajo humano.
Muchas tareas invisibles sostienen la inteligencia artificial:
etiquetar datos, revisar contenidos

y entrenar modelos.

También existe explotación en la extracción de materiales necesarios para dispositivos y procesadores.

Además, redes criminales usan herramientas digitales para captar, controlar y explotar personas.

No se puede alabar la innovación si se apoya en cadenas ocultas de explotación [173].

La lucha contra las nuevas esclavitudes es una prueba decisiva para el discernimiento ético de la inteligencia artificial.

La Iglesia condena toda esclavitud, trata y mercantilización de personas.

La trata es una forma contemporánea de esclavitud y una grave violación de la dignidad humana.

No reaccionar con firmeza significa tolerar prácticas incompatibles con la fe y con la humanidad [174-175].

No queremos repetir los errores.

La Iglesia reconoce con dolor que su comprensión histórica sobre la esclavitud maduró lentamente.

Durante siglos no siempre explicitó su incompatibilidad total con la dignidad humana.

Esta memoria es una herida cristiana.

Por eso se pide perdón sinceramente.

Y ese recuerdo debe convertirse hoy en vigilancia.

No queremos pedir perdón mañana

por haber sido indiferentes
ante nuevas esclavitudes.
Debemos denunciar la trata
y apoyar prevención, protección, liberación
y rehabilitación **[176-177]**.

**Hoy también existe un nuevo colonialismo:
la apropiación de datos.**

No domina sólo cuerpos o territorios.
También toma información sanitaria, genética,
demográfica y social de pueblos vulnerables.
Esos datos pueden servir al bien común
o convertirse en herramienta de dominio.
Los pueblos deben poder decidir
cómo se usan sus datos,
quién los usa y para qué.
De lo contrario, la era digital
no superará el colonialismo;
sólo lo cambiará de forma **[178]**.

**Para combatir las nuevas esclavitudes
hacen falta acciones concretas.**

Primero, transparencia en las cadenas
de suministro tecnológico.
Ninguna ventaja debe apoyarse
en explotación invisible.
Segundo, empresas e inversionistas
deben aplicar verificación ética preventiva.
Tercero, las plataformas digitales deben colaborar
con autoridades y sociedad civil

para impedir captación, explotación
y control de víctimas.

Así, el entorno digital puede pasar
de espacio de depredación
a espacio de protección [179].

Los temas tratados no están separados:

verdad, educación, trabajo, familia,
libertad y nuevas esclavitudes
se conectan entre sí.

En todos aparece la misma pregunta:

¿la técnica sirve a la persona
o la reduce a dato, engranaje o mercancía?

La Doctrina social propone
una responsabilidad compartida.

Instituciones, empresas, comunidades educativas,
organismos intermedios y ciudadanos
deben actuar con visión de futuro.

Sólo así la innovación será desarrollo humano integral,
y no exclusión o dominio.

El progreso será verdadero
si se mide por la dignidad inviolable
de cada hombre y cada mujer [180-181].

Conversación en el Espíritu

Pregunta personal

¿Qué necesito cuidar mejor en mi relación con el mundo digital: mi búsqueda de la verdad, mi modo de trabajar, mi libertad interior o mis vínculos reales?

Pregunta grupal

¿Qué prácticas podemos asumir para que nuestra comunicación, nuestra educación y nuestro trabajo no queden sometidos a la desinformación, la precariedad o la dependencia digital?

Capítulo quinto

La cultura del poder y la civilización del amor



Después de mirar cómo la inteligencia artificial transforma la vida social, debemos mirar un ámbito aún más doloroso: la guerra.

Allí, la tecnología puede hacer más rápida e impersonal

la decisión sobre la vida y la muerte.

La paz no es un tema secundario.

Es condición del bien común universal

y prueba de madurez moral para los pueblos y sus gobernantes [182].

La revolución digital cambia la forma de los conflictos.

Hoy existen guerras visibles, pero también ataques cibernéticos,

manipulación informativa, campañas de influencia

y decisiones estratégicas automatizadas.

La inteligencia artificial puede ayudar a proteger,

pero también puede bajar el umbral del uso de la fuerza.

Puede hacer opacas las responsabilidades

y reducir al enemigo a un dato.

Por eso, la dignidad humana, el bien común,

la solidaridad y la justicia

deben orientar toda decisión tecnológica [183].

Este capítulo compara dos lógicas opuestas.

Una es Babel: confiar en el poder, el orgullo y el dominio.

La otra es Jerusalén: reconstruir con paciencia,

como Nehemías, cuidando lo humano y el bien común [184].

Hoy se extiende una cultura del poder,

marcada por polarizaciones, violencias y nuevas carreras tecnológicas.

La Babel moderna aparece en la lucha entre potencias,

en los conflictos locales

y en la competencia por dominar tecnologías cada vez más fuertes.

Pero también existe una humanidad que quiere seguir siendo humana. Esa construcción más lenta, humilde y necesaria se llama “civilización del amor” [185].

La “civilización del amor” no es una utopía ingenua.

Es un proyecto exigente.

Significa traducir la caridad en estructuras de justicia, dar cuerpo institucional a la fraternidad y mirar al otro, persona o pueblo, como aliado necesario para el bien común.

En la era digital, esta visión es aún más urgente.

La inteligencia artificial no debe hacernos sólo más eficientes o conectados. Debe ayudar a construir una familia humana universal, donde la cercanía digital se vuelva encuentro y cuidado real [186-187].

La cultura del poder pone los medios, la fuerza y el dominio por encima del bien común.

Normaliza la guerra, impulsa el rearme y debilita la cooperación internacional. También alimenta un falso realismo, que repite que no hay alternativas [188].

San Pablo VI gritó ante la ONU:

“¡Nunca más la guerra, nunca más la guerra!”.

Después de la Segunda Guerra Mundial, la paz fue colocada en el centro del orden internacional. La Carta de las Naciones Unidas quiso preservar a las generaciones futuras del “flagelo de la guerra”. Incluso durante la Guerra Fría, permanecía la conciencia de evitar un nuevo conflicto mundial [189].

Hoy vemos un cambio preocupante.
La guerra vuelve a presentarse como instrumento normal
de política internacional.
Se erosionan los criterios éticos que limitaban su uso.
Los conflictos prolongados, las amenazas cruzadas
y las narrativas polarizadas
acostumbran a la opinión pública a vivir bajo lógica de enfrentamiento [190].

También se debilita la memoria histórica.

Al desaparecer los testigos directos
de grandes guerras y del Holocausto,
crece el riesgo de manipular el pasado.
Sin memoria viva de los horrores de la guerra,
las decisiones políticas pueden basarse sólo en cálculos de fuerza
y perder de vista sus consecuencias [191].

La dimensión digital agrava este proceso.

Redes, algoritmos y campañas informativas
pueden amplificar resentimientos, propaganda y miedo.
Así, la guerra se prepara culturalmente antes de estallar.
Cuando se pierde memoria y ética,
la violencia se presenta como necesaria, inevitable o incluso “limpia”.
Por eso se reafirma la necesidad de superar
la teoría de la “guerra justa”,
usada muchas veces para justificar cualquier guerra,
sin negar el derecho estricto a la legítima defensa.
La humanidad tiene caminos mejores:
diálogo, diplomacia y perdón.
La fuerza, la violencia y las armas
muestran una pobreza relacional
que siempre golpea a los civiles [192].

El crecimiento de la industria bélica es otro signo grave.

En algunos países, armas, economía y política quedan tan unidas que la guerra parece una prolongación natural del mercado. No podemos ignorar los intereses económicos que prosperan con los conflictos. También existe una lógica económica que alimenta tensiones en distintas regiones del mundo [193].

Los arsenales nucleares vuelven a preocupar.

La idea de usar armas nucleares “tácticas” hace que lo impensable parezca menos remoto. El Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares es una señal importante. Pero muchas potencias nucleares no lo han asumido. La falsa seguridad basada en la disuasión alimenta una carrera armamentista difícil de controlar [194].

También en los conflictos convencionales se repite una lógica destructiva.

La fuerza militar, la debilidad diplomática y los intereses en juego favorecen guerras que se vuelven crónicas. Es mucho más fácil iniciar una guerra que detenerla. Sin embargo, la prevención de conflictos sigue siendo marginal. Además, nuevos actores armados, como milicias, grupos criminales o redes extremistas, convierten la guerra en fuente de poder y beneficio [195-196].

Las armas vinculadas con IA aumentan el peligro.

Si los sistemas con autonomía operativa hacen más fácil usar la fuerza, también reducen el control humano. Por eso, el desarrollo militar de la inteligencia artificial debe someterse a restricciones éticas muy rigurosas. Debe respetar siempre la dignidad humana y la sacralidad de la vida [197].

No se puede hablar de “agentes morales artificiales”

como si una máquina pudiera decidir sobre el bien y el mal. El juicio moral exige conciencia, responsabilidad personal y reconocimiento del otro como persona. Por eso no es lícito confiar a sistemas artificiales decisiones letales o irreversibles. Ningún algoritmo puede hacer moralmente aceptable la guerra. La inteligencia artificial no quita a la guerra su carga de inhumanidad. Sólo puede hacerla más rápida, más impersonal y más fácil de justificar [198].

La ética necesita criterios concretos.

Primero, responsabilidad personal: siempre debe saberse quién decide y quién responde. Segundo, tiempo para el juicio moral: la rapidez no puede dominar decisiones irreversibles. Tercero, protección de civiles: ninguna tecnología debe facilitar ataques que borren el rostro de las personas o confundan combatientes con población indefensa [199].

De estos criterios nacen exigencias claras.

Las decisiones deben ser trazables,
para que la responsabilidad no se disuelva “en la máquina”.
El uso de fuerza letal debe permanecer
bajo control humano efectivo, consciente y responsable.
También hacen falta reglas internacionales
que frenen la carrera tecnológica militar
y protejan a civiles e infraestructuras esenciales [200].

La cultura del poder también crece por la crisis del multilateralismo.

Multilateralismo significa cooperación entre muchos países
para cuidar problemas comunes.
Las instituciones internacionales parecen debilitadas,
no sólo por límites técnicos, sino por falta de voluntad política.
La globalización económica no produjo automáticamente unidad ni paz.
Muchas veces generó reacciones nacionalistas,
identitarias y desconfiadas.
El resultado no es un verdadero multilateralismo,
sino un mundo más fragmentado y conflictivo [201].

Vuelve la tentación de construir identidad contra un enemigo.

Frases como “yo primero”, “nosotros contra ustedes”
o “amigo-enemigo” debilitan la confianza entre pueblos.
Así, el derecho internacional cede espacio
al “derecho del más fuerte”.
También se debilitan tribunales y mecanismos
que deberían proteger la justicia y la convivencia [202].

En este contexto, la construcción de paz queda en segundo plano.

Se reducen esfuerzos por desarrollo, desarme,

prevención de conflictos y confianza mutua.

También se debilita el derecho humanitario,
que protege a los civiles, el agua, los alimentos
y los bienes esenciales para la vida [203].

Vivimos una ceguera espiritual y cultural.

Un falso pragmatismo corta las raíces de la memoria.

Cree que las tragedias del siglo XX no pueden repetirse.

Pero las mismas dinámicas pueden volver con nuevos rostros.

El aumento del gasto militar se presenta
como única respuesta al miedo,
mientras los pobres pierden recursos
para salud, educación y servicios sociales [204].

Ese falso realismo dice que la guerra es inevitable.

Presenta la paz como ingenua
y el diálogo como débil.

Pero lo verdaderamente irresponsable
es resignarse a la guerra.

La paz no es una ilusión ni sólo ausencia de conflicto.

Es fruto posible de la justicia y de la caridad [205].

Cuando el miedo domina,

crecen fanatismos, desinformación y resentimientos.

La diversidad del otro se percibe como amenaza.

Así se prepara el terreno para nuevos conflictos,
muchas veces sin que nos demos cuenta [206].

Este clima permite guerras más peligrosas,
con menos límites éticos.

Lo antes inaceptable puede volverse aceptable

por conveniencia política.

Cuando se cree que nada es realmente verdadero,
y que los principios son sólo envoltorios vacíos,
se encienden nuevas explosiones
de intolerancia y agresividad en el corazón de las personas [207].

La normalización del conflicto abre una deriva peligrosa.

Lo impensable hoy puede justificarse mañana
por utilidad o seguridad.
Incluso problemas internos pueden usarse como excusa
para promover enfrentamientos externos
y desviar la atención de las dificultades reales [208].

**Quienes investigan y desarrollan tecnología
tienen una responsabilidad especial.**

Científicos, empresas, inversionistas, universidades y políticos
no deben mirar sólo su propio sector.
Ninguna investigación es moralmente neutra
si termina sirviendo a la violencia, la manipulación o el dominio.
Es necesario preguntarse siempre por los fines últimos
de los avances tecnológicos [209].

**La construcción de un mundo en guerra permanente
es un mal, y debe ser nombrado.**

Pero la mirada cristiana no termina en la denuncia.
Miramos la historia desde Cristo crucificado y resucitado.
El presente no es un destino cerrado.
Es un campo abierto a la conversión personal y colectiva.
El Reino crece como semilla pequeña.
“Yo estoy por hacer algo nuevo: ya está germinando” [210].

La historia muestra que, aun en tiempos oscuros,

Dios suscita personas que no se resignan.

Son hombres y mujeres que protegen a los frágiles
y abren caminos de reconciliación.

Los cristianos miran las tinieblas
y las llaman por su nombre.

Pero no quedan paralizados,
porque conocen la luz
que las tinieblas no pueden vencer [211].

Puede aparecer una tentación:

creer que los problemas son demasiado grandes

y nosotros demasiado pequeños.

Esa es una forma elegante de rendirse,
a veces disfrazada de realismo.

No todos tienen el mismo poder,
pero nadie está libre de responsabilidad.

Cada uno puede alimentar la lógica de la fuerza
con indiferencia, cinismo, mentira u odio.

O puede promover la paz
con verdad, sobriedad, cercanía y cuidado [212].

Tolkien (en *El Señor de los anillos*) expresó esta responsabilidad
con una imagen hermosa:

**no nos toca dominar todas las mareas del mundo,
sino hacer el bien en los días que nos corresponden.**

La civilización del amor

no nace de un gesto único y espectacular.

Nace de fidelidades pequeñas y firmes.

El papa propone en esta encíclica cinco caminos

de responsabilidad cotidiana y pública,
que son los siguientes: [213]

La primera vía es desarmar las palabras.

“Desarmemos las palabras
y contribuiremos a desarmar la tierra”.
La paz comienza en cómo miramos,
escuchamos y hablamos de los demás.
Debemos rechazar la guerra de palabras e imágenes.
Cada palabra verdadera, justa y consoladora
puede contribuir al bien.
También cada palabra que denuncia una injusticia
o da voz a quien no la tiene [214].

La segunda vía es construir la paz en la justicia.

No buscamos una paz falsa
ni una ausencia de conflicto a cualquier precio.
La paz verdadera nace de la justicia.
San Agustín recordaba
que quien quiere encontrarse con la paz
debe practicar la justicia.
Por eso no debemos cansarnos de buscarla [215].

La tercera vía es asumir la mirada de las víctimas.

Hay situaciones en las que no basta ser neutral.
Ante ataques contra civiles, hospitales, escuelas
o infraestructuras vitales,
debemos mirar rostros, escuchar historias
y reconocer heridas.
No podemos quedarnos en análisis abstractos [216].

Dar lugar a la voz de las víctimas
ayuda a comprender el mal de la guerra
y de toda violencia.
También impide normalizar el conflicto.
La Iglesia puede ser un lugar de memoria viva,
para que el grito de quienes sufren sea llamado a la paz,
y no preludio de nuevas guerras [217].

La cuarta vía es cultivar un sano realismo.

No sirve manipular los hechos para sostener una idea.
Tampoco sirve resignarse porque “la fuerza domina”.
El realismo auténtico mira intereses, miedos y límites,
pero busca pasos posibles hacia la paz:
instituciones creíbles, negociaciones pacientes,
prevención de conflictos y protección de civiles [218].

La quinta vía es relanzar el diálogo.

El diálogo es alternativa al conflicto abierto.
Pío XII recordó que con la paz no se pierde nada,
mientras que con la guerra todo puede perderse.
Dialogar no es sólo tarea de Estados.
Es una actitud cotidiana hecha de escucha,
miradas sinceras, tiempo compartido
y encuentro real con el diferente [219-220].
En política urge pasar
de una cultura del poder a una cultura de la negociación.
Los pueblos quieren la paz.
Por eso se llama a los responsables:
“encontrémonos, dialoguemos, negociemos”.
La guerra nunca es inevitable.

Las armas no resuelven los problemas; los aumentan.

Los demás no son enemigos que odiar,
sino personas con quienes hablar [221-222].

El diálogo entre religiones también es decisivo.

En el corazón de las grandes tradiciones espirituales
hay un mensaje de paz.

Usar el nombre de Dios para justificar violencia o guerra
traiciona su rostro.

El “espíritu de Asís” muestra que los creyentes
pueden beber de sus fuentes más auténticas,
donde no hay lugar para el odio sacralizado [223].

En las relaciones internacionales,
la diplomacia es indispensable.

Su vocación es dialogar con todos,
incluso con interlocutores incómodos.

La paciencia y la humildad
pueden rescatar pequeños signos de buena voluntad
y abrir caminos de pacificación [224].

El ciberespacio también es campo de conflicto.

Ataques informáticos, manipulación de datos
y campañas con IA pueden desestabilizar países.

Además, a veces no se sabe con claridad quién atacó.

Esto puede provocar errores, reacciones desproporcionadas
y nuevas escaladas.

Por eso se necesita una diplomacia digital,
con reglas compartidas y protección de civiles
ante formas de violencia invisibles, pero reales [225].

Las organizaciones internacionales, especialmente la ONU,
siguen siendo necesarias para promover diálogo, paz,
desarrollo, desarme, cuidado de la creación

y protección de los vulnerables.
Pero requieren reformas profundas.
No bastan ajustes técnicos.
Hace falta renovar convicciones y valores
orientados al bien común mundial [226].
La diplomacia de la Santa Sede
asume la misericordia como criterio político concreto.
Sirve a la humanidad defendiendo la dignidad de cada persona
y dando voz a pobres, migrantes y víctimas de guerra.
También ayuda a orientar las nuevas tecnologías
hacia el bien común y la civilización del amor [227].
Todo compromiso por la paz se nutre de la oración.
La paz viene de Dios, que ama incondicionalmente.
Es el don de Cristo resucitado:
“¡La paz esté con ustedes!”.
Es una paz desarmada y desarmante, humilde y perseverante.
No nos cansemos de orar por la paz
ni de hacerla realidad en nuestras relaciones
y en la sociedad [228].

Conversación en el Espíritu

Pregunta personal

¿Qué palabras, actitudes o decisiones mías alimentan la lógica del enfrentamiento, y cuáles podrían ayudar a desarmar el corazón y construir paz?

Pregunta grupal

¿Cómo podemos ser, en nuestro ambiente concreto, una comunidad que desarma palabras, cuida a las víctimas, promueve justicia y mantiene viva la esperanza de la paz?

Conclusión

Tejer esperanza con María en la era digital



En medio de tantos proyectos

que buscan conquistar mercados,
espacios de influencia y poder,
necesitamos mirar un proyecto diferente.

María lo canta en el *Magnificat*:

la misericordia de Dios “se extiende de generación en generación”.

Esa misericordia sigue atravesando la historia,
también en tiempos acelerados por algoritmos y redes globales.

Ella es brújula para vivir el Evangelio
en la era digital [230].

El centro de nuestra fe es la Encarnación:

“el Verbo se hizo carne”.

Dios no salvó desde lejos.

Entró en nuestra historia,
asumió una carne pobre y vulnerable,
y se acercó a toda carne herida.

En el Hijo de Dios vemos el rostro de los pequeños,
los ancianos, las víctimas
y quienes luchan contra el mal.

Allí comprendemos que la verdadera humanidad
no nace del dominio,
sino de la comunión [231].

Algunas promesas actuales

Hablan de una humanidad más fuerte,
más eficiente y casi sin fragilidad.

Reconocemos en ellas un deseo legítimo
de vida plena y menos sufrimiento.

Pero la Encarnación muestra otro camino.

Dios no supera lo humano desde arriba.
Dios desciende, comparte nuestra debilidad
y la transforma en lugar de salvación.
Lo que salva al ser humano
no es una técnica que elimina límites,
sino el amor divino
que llega hasta lo más frágil
y lo regenera desde dentro [232].

En Cristo contemplamos una magnífica humanidad

que ilumina también el tiempo de la inteligencia artificial.
El ser humano no está llamado
a ser espectador resignado de la tecnología.
Está llamado a colaborar en la creación,
con libertad y responsabilidad.
Ningún sistema de cálculo puede crear
un corazón que se entrega
ni una conciencia capaz de discernir el bien.
Aunque las máquinas sean eficientes,
el centro de la historia sigue siendo
un rostro humano llamado a ser contemplado y amado [233].

La espiritualidad que necesitamos

es una espiritualidad eucarística.
La Eucaristía nos une a Cristo
y también nos une a todos aquellos
por quienes Él se entrega.
En ella aprendemos que no somos individuos aislados.
Somos cuerpo de Cristo,
hermanos y hermanas en Él.

Por eso, la Eucaristía nos mueve a la justicia,
al compartir y al cuidado preferencial
de quienes sufren pobreza y exclusión [234-235].

La tarea de nuestro tiempo

es construir como “arquitectos sabios”.
Esta obra debe apoyarse en la relación con Dios,
aceptar el límite humano
y vivir con corresponsabilidad.
No podemos refugiarnos en un espiritualismo vacío
ni en pequeños mundos cerrados.
Estamos llamados a ser fieles a la verdad,
invertir en educación, cuidar las relaciones,
amar la justicia y buscar la paz [236].

Permanezcamos fieles a la verdad.

En medio de información constante, imágenes y opiniones,
es fácil que los algoritmos influyan
en nuestras decisiones y preferencias.
Por eso necesitamos un corazón que ame la verdad,
busque la sabiduría
y no se deje llevar sólo por lo más atractivo o impactante.
La técnica debe integrarse en un camino de sabiduría,
capaz de custodiar la dignidad de cada persona
y el futuro de la ‘casa común’ [237].

Invirtamos en educación,

empezando por nosotros mismos.
Todos necesitamos aprender a vivir el mundo digital
de manera humana.

Educar en la fe hoy incluye formar
para usar la tecnología con responsabilidad.
El mundo digital puede ser
un nuevo continente para evangelizar,
pero necesita personas maduras, generosas y libres.
Acompañar a niños y jóvenes
para reconocer riesgos
y elegir lo que fortalece su libertad interior
es una forma concreta de caridad [238].

Cuidemos las relaciones.

La cultura digital multiplica conexiones,
pero el corazón humano sigue necesitando cercanía real.
Debemos proteger los espacios
donde la presencia física sigue siendo decisiva:
la mesa compartida, la comunidad cristiana reunida,
la visita a quien está solo
y el servicio a los pobres.
Cada cuerpo es templo del Espíritu
y casa de Dios [239].

Amemos la justicia y la paz.

Las tecnologías pueden facilitar comunicación
y acceso a recursos.
Pero también pueden sostener modelos
que explotan a los vulnerables,
alimentan nuevas esclavitudes
y convierten la guerra en negocio.
Cada decisión técnica o económica
debe preguntarse si abre caminos

de justicia y participación,
o si concentra riqueza y poder en pocas manos.
La esperanza cristiana viene del cielo,
pero genera aquí abajo una historia nueva [240].

Nehemías vuelve a ser una imagen luminosa.

Él escucha el dolor de una ciudad herida,
ora, discierne, pide ayuda,
organiza el trabajo
y reconstruye con el pueblo.
En la transformación digital,
no estamos llamados a ser espectadores de las ruinas.
Debemos entrar en laboratorios, empresas, escuelas,
medios, instituciones y comunidades,
para levantar lo caído
y proteger lo vulnerable [241].

La Jerusalén reconstruida

anuncia la nueva Jerusalén del Apocalipsis.
Esa ciudad desciende como don de Dios,
con puertas abiertas a todas las naciones.
Allí hay agua viva
y árbol de vida “para curar a los pueblos”.
Mientras esperamos su plenitud,
esta visión nos llama a superar divisiones
y trabajar juntos.
Ese es el camino de Jesucristo,
ayer, hoy y siempre [242].

El canto de María sostiene este compromiso.

En el *Magnificat*,
ella proclama la grandeza del Señor
porque Dios mira a una joven pobre y pequeña.
Nada parece cambiar afuera:
siguen las tensiones, la opresión y las heridas.
Pero todo cambia dentro de María,
porque ve la historia con los ojos de Dios.
Ella descubre que Dios se pone
de parte de los últimos,
derriba soberbios, eleva humildes
y colma a los hambrientos [243].

María nos enseña a mirar el mundo desde abajo:

desde la viuda, el huérfano, el extranjero,
el niño herido, el exiliado
y quien sufre.
Por eso es “poetisa y profetisa de la redención”.
Su canto revela una fuerza transformadora
que sigue inspirando la vida cristiana
y su compromiso social [244].

Con la fe de María, seamos tejedores de esperanza.

Compartamos lo que somos y lo que tenemos,
para que la presencia de Jesús crezca entre nosotros.
También el tiempo de la inteligencia artificial
puede ser un paso
donde el Espíritu haga madurar
la civilización del amor.
Que la Madre de Cristo acompañe nuestros pasos

y custodie en nosotros la confianza en el Evangelio,
para testimoniar la belleza
de una magnífica humanidad habitada por Dios [245].

Conversación en el Espíritu

Pregunta personal

¿Qué hilo de esperanza puedo aportar yo, desde mi vida concreta, para que este tiempo digital no nos aleje de los demás, sino que nos ayude a cuidar, compartir y servir mejor?

Pregunta grupal

Inspirados por María y su *Magnificat*, ¿cómo podemos mirar la realidad desde los pequeños, los pobres y los heridos, para testimoniar hoy la belleza de una humanidad habitada por Dios?

Anexo 1

Índice oficial de la encíclica *Magnifica humanitas*

Introducción

- Las “*res novae*” de nuestro tiempo.
- Dos imágenes bíblicas.
- Edificar en el bien.
- Permanecer siendo humanos.

Capítulo primero. Un pensamiento dinámico fiel al Evangelio

- Una Iglesia en camino en la historia de la humanidad.
 - › La sabiduría de la Palabra y el diálogo con las ciencias humanas.
 - › La Doctrina social como discernimiento comunitario.
- El desarrollo del Magisterio social desde León XIII hasta hoy.
 - › Los primeros pasos de la Doctrina social de la Iglesia.
 - › Los años del Concilio Vaticano II.
 - › El Magisterio reciente.
- Una lectura de la historia a la luz de la fe.

Capítulo segundo. Fundamentos y principios de la Doctrina Social de la Iglesia

- Los fundamentos de la Doctrina social.
 - › El ser humano, imagen del Dios trinitario.
 - › La igual dignidad de todos los seres humanos.
 - › El altísimo valor de los derechos humanos.
- Los principios de la Doctrina social.
 - › El principio del bien común.

- › El principio del destino universal de los bienes.
- › El principio de subsidiariedad.
- › El principio de solidaridad.
- › El principio de la justicia social.
- El desarrollo humano integral.
- Un examen para la Iglesia.

Capítulo tercero. Técnica y dominio. La grandeza de la persona humana ante las promesas de la inteligencia artificial

- El paradigma tecnocrático y el poder digital.
- La inteligencia artificial.
 - › Una ayuda valiosa que requiere atención.
 - › Responsabilidad, transparencia y gobernanza de la inteligencia artificial.
- Lo que no podemos perder.
 - › Narrativas de fondo: transhumanismo y posthumanismo.
 - › El límite, el corazón, la grandeza del ser humano.
- El verdadero “más que humano”: gracia y humanismo cristiano.
- Dos ciudades y dos amores.

Capítulo cuarto. Custodiar lo humano en la transformación. Verdad, trabajo, libertad

- La verdad como bien común.
 - › Verdad y democracia.
 - › Comunicación e imaginario colectivo.
 - › Por una ecología de la comunicación.
 - › Una alianza educativa para la era digital
 - › Rol central de la escuela.
- La dignidad del trabajo en la transición digital.
 - › El valor del trabajo.
 - › El problema del desempleo.
 - › Una economía que valore la dignidad.
 - › Familia y jóvenes: condiciones sociales de la esperanza.

- Custodiar la libertad frente a la dependencia y la mercantilización.
 - › Dependencias y control social.
 - › Romper las cadenas de las nuevas esclavitudes.
- Una responsabilidad compartida.

Capítulo quinto. La cultura del poder y la civilización del amor

- La civilización del amor en la era digital
- La cultura del poder
 - › La normalización de la guerra
 - › La fuerza sin límites
 - › Armas e inteligencia artificial
 - › La crisis del multilateralismo
 - › Un supuesto realismo político
- Construir la civilización del amor
 - › Todos podemos dar nuestro aporte
 - › Desarmar las palabras
 - › Construir la paz en la justicia
 - › Asumir la mirada de las víctimas
 - › Cultivar un sano realismo
 - › Relanzar el diálogo
 - › La necesidad de la diplomacia y el multilateralismo
 - › Orar y esperar

Conclusión

- El Verbo se hizo carne
- Un solo cuerpo en Cristo
- La obra de nuestro tiempo
- El canto de la esperanza: el “*Magnificat*”

Anexo 2

Índice de temas específicos

Este listado parcial reúne conceptos clave para facilitar la localización de materias importantes. Los números indicados junto a cada entrada corresponden a los párrafos de la encíclica donde se desarrolla dicho contenido.

Abusos (sexuales, espirituales, de poder y de conciencia): 89, 138.

Algoritmos: 67, 71, 72, 76, 80, 96, 103, 109, 110, 116, 164, 171, 190, 192, 198, 230 y 237.

Armas, carrera armamentista y guerra: 182-185, 189-200, 204-208.

Bienes comunes: 59-67, 108.

Comunicación, medios e imaginario colectivo: 132-138.

Datos (colonialismo y extracción): 79, 178.

Democracia: 39, 79, 134.

Derechos humanos: 33-34, 54-58.

Desarrollo humano integral: 35, 82-85.

Desempleo y precariedad laboral: 37, 151-154, 166-167.

Destino universal de los bienes: 59-67, 108

Dignidad de la persona: 1, 4, 7, 12, 15, 33, 34, 46, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 59, 68, 70, 77, 80, 83, 104, 119, 124, 133, 143, 152, 157, 163, 174, 176, 183, 217, 227, 231, 237 y 238.

Dios (o referencias a Cristo, Jesús, Señor): 1, 2, 4, 7, 8, 9, 10, 11, 15, 16, 21, 22, 23, 26, 29, 44, 47, 48, 49, 50, 52, 53, 65, 73, 77, 79, 81, 88, 89, 91, 118, 119, 121, 122, 126, 127, 128, 130, 133, 148, 176, 210, 211, 223, 228, 230, 231, 232, 233, 234, 235, 236, 237, 239, 241, 242, 243, 244, 245.

Diplomacia y multilateralismo: 201-203, 224-227.

Doctrina Social de la Iglesia: 3, 11-12, 17-46, 59, 68, 82, 86, 147-148, 154-155, 181.

Ecología y cuidado de la ‘casa común’: 43, 84, 101.

Educación y escuela: 139-147, 238.

Esclavitud y trata de personas: 173-179.

Familia: 165-169.

Finanzas, economía y mercado: 31, 38-40, 157-164.

Inteligencia Artificial: 4, 14, 67, 71, 76, 80, 85, 93, 97-111, 132, 140, 150, 163, 169, 171, 173, 183, 187, 197-200, 209.

Jóvenes y menores (protección y vocación): 141-142, 167-169.

Justicia social: 77-81.

Libertad (frente a la dependencia y el control): 170-172.

Migrantes y refugiados: 81, 216, 227.

Paz y resolución de conflictos: 35, 182, 186-187, 215, 228.

Periodistas y periodismo: 137-138.

Posthumanismo y transhumanismo: 115-117, 172, 232.

Solidaridad: 73-76.

Subsidiariedad: 31, 68-72.

Trabajo (dignidad en la transición digital): 30, 37, 148-156.

Verdad (como bien común y frente a la desinformación): 132-134, 237.

Anexo 3

Referencias bíblicas

El siguiente listado recoge las referencias bíblicas que el papa León XIV utiliza en la encíclica *Magnífica humanitas*, las cuales se reúnen aquí para enriquecer la reflexión y ofrecer un recurso para la oración.

Antiguo Testamento

Génesis (*Gn*): 1,26-27; 11,1-9; 11,4.

Nehemías (*Ne*): 1-2; 2-6.

Proverbios (*Pr*): 8,22-31.

Isaías (*Is*): 43,19.

Salmos (*Sal*): 85,11; 85,11b.

Nuevo Testamento

Mateo (*Mt*): 25,14-30; 25,31-46; 28,18.

Marcos (*Mc*): 4,26-32.

Lucas (*Lc*): 4,18.

Juan (*Jn*): 1,5; 10,10.

Hechos de los Apóstoles (*Hch*): 4,32; 4,34.

1 Corintios (*1 Co*): 3,10; 12,27.

2 Corintios (*2 Co*): 5,17; 12,9.

Efesios (*Ef*): 1,10; 4,4.

1 Pedro (*1 P*): 2,4-6.

Apocalipsis (*Ap*): 21,2; 22,2.

Anexo 4

Principales documentos de la Doctrina Social de la Iglesia

Encíclicas sociales

Rerum novarum (1891) – León XIII

La Iglesia alza la voz frente a la explotación obrera y la cuestión social.

Quadragesimo anno (1931) – Pío XI

La justicia social y el orden económico deben corregir las desigualdades estructurales.

Mater et magistra (1961) – Juan XXIII

La Iglesia acompaña los cambios del mundo moderno y el desarrollo social.

Pacem in terris (1963) – Juan XXIII

La paz se construye sobre la verdad, la justicia, el amor y la libertad.

Populorum progressio (1967) – Pablo VI

El desarrollo verdadero es el paso de condiciones menos humanas a más humanas.

Octogesima adveniens, Carta Apostólica (1971) – Pablo VI

Con motivo de cumplirse los 80 de la encíclica *Rerum novarum*, el Papa envió al cardenal Maurice Roy, entonces presidente de la Comisión Pontificia Justicia y Paz, esta carta cuyo título original es “Igualdad y Participación”.

Laborem exercens (1981) – Juan Pablo II

El trabajo humano es clave para comprender la cuestión social.

Sollicitudo rei socialis (1987) – Juan Pablo II

La solidaridad es una virtud social y cristiana frente a las desigualdades globales.

Centesimus annus (1991) – Juan Pablo II

La persona humana es el criterio para juzgar todo sistema económico y social.

Caritas in veritate (2009) – Benedicto XVI

El desarrollo auténtico requiere verdad, caridad y responsabilidad ética.

Laudato si' (2015) – Francisco

Todo está conectado: ecología, justicia social y cuidado de la vida.

Fratelli Tutti (2020) – Francisco

La fraternidad y la amistad social son el camino hacia un mundo más justo y en paz.

Dilexit nos (2024) – Francisco

El Corazón de Cristo como respuesta a la deshumanización contemporánea.

Exhortaciones apostólicas

Evangelii nuntiandi (1975) – Pablo VI

La evangelización incluye la transformación de la vida social y la promoción de la justicia.

Evangelii gaudium (2013) – Francisco

No a una economía que mata; el anuncio del Evangelio tiene consecuencias sociales.

Amoris laetitia (2016) – Francisco

La familia es sujeto social fundamental y escuela de solidaridad y cuidado.

Christus vivit (2019) – Francisco

Las y los jóvenes son protagonistas del cambio social y de una Iglesia en salida.

Querida Amazonia (2020) – Francisco

Defensa de los pueblos originarios, del territorio y de una ecología integral.

Laudate Deum (2023) – Francisco

Urgencia ética y política frente a la crisis climática y la responsabilidad global.

Dilexi te (2025) – León XIV

Amor preferencial hacia los pobres y denuncia de la indiferencia que los descarta.



**“Ahora nos corresponde asumir
con lucidez y responsabilidad
los retos de nuestro tiempo”.**

(Magnifica humanitas 5).

